

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO I



OSVALDO REBOLLEDA

EL HOMBRE PERFECTO

TOMO I



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA** -

Diseño de portada: **GDR**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La búsqueda del Hombre perfecto.....	10
Capítulo dos:	
El Hombre perfecto revelado.....	24
Capítulo tres:	
El diseño del Padre siempre tuvo un rostro.....	34
Capítulo cuatro:	
La diferencia entre un espejo y un retrato.....	44
Capítulo cinco:	
Descubriendo al Hombre del Salmo uno.....	50
Capítulo seis:	
Mucho más que un Hombre correcto.....	61

Capítulo siete:

Cuando el fruto proviene de la vida.....72

Capítulo ocho:

¿Quién habitará en Tu tabernáculo?.....84

Capítulo nueve:

Completando el retrato del Hombre perfecto.....100

Capítulo diez:

¿Quién subirá al monte de Dios?.....111

Capítulo once:

Viviendo en el bendito de Dios.....124

Capítulo doce:

Cuando Cristo abrió las Escrituras.....137

Reconocimientos.....149

Sobre el autor.....151



INTRODUCCIÓN

“Cuando el retrato tiene un solo rostro”

Toda persona que ama las Escrituras ha experimentado, en algún momento, la sensación de sentirse pequeña frente a ellas. Abrimos la Biblia con el deseo sincero de conocer a Dios y, mientras avanzamos por sus páginas, encontramos declaraciones tan elevadas que despiertan admiración, pero también una inevitable sensación de insuficiencia.

Dios habla de un hombre íntegro, de un corazón puro, de una obediencia perfecta, de una santidad sin mancha, de un amor que nunca falla. Cuanto más contemplamos ese ideal, más conscientes somos de la distancia que existe entre lo que somos y aquello que Dios describe.

Durante mucho tiempo leí algunos de esos pasajes, convencido de que todos hablaban, en primer lugar, de mí. Pensaba que Dios estaba trazando el perfil espiritual que yo debía alcanzar. Así leí el hombre bienaventurado del **Salmo 1**, el limpio de manos y puro de corazón del **Salmo 24**, el íntegro del **Salmo 15**, el hombre obediente de **Deuteronomio 28** y, ya en el Nuevo Testamento, el amor descrito en **1 Corintios 13**. Cada uno de esos textos se transformaba, casi sin darme cuenta, en una nueva meta por conquistar y, al mismo tiempo, en un nuevo recordatorio de mis limitaciones.

Con el paso de los años comencé a hacerme una pregunta que cambió por completo mi manera de leer la Biblia. ¿Cuál es la dinámica del Reino bajo la esencia del Nuevo Pacto? ¿Y si muchos de esos pasajes no estuvieran describiendo primero a los creyentes, sino a Cristo? La pregunta puede parecer sencilla, pero sus implicancias son enormes.

Porque si el hombre bienaventurado del **Salmo 1** es, en primer lugar, Cristo; si el limpio de manos del **Salmo 24** es, en primer lugar, Cristo; si el íntegro del **Salmo 15** es, en primer lugar, Cristo; si el obediente perfecto de **Deuteronomio 28** encuentra su cumplimiento en Cristo; y si el amor de **1 Corintios 13** tiene su expresión perfecta en Aquel de quien la Escritura dice que *“Dios es amor”* (**1 Juan 4:8**), entonces dejamos de estar frente a una colección de ideales inalcanzables para encontrarnos con el retrato del Hijo amado, el Hombre perfecto. Y esa diferencia cambia absolutamente todo.

El evangelio no anuncia que Dios disminuyó sus exigencias para adaptarlas a nuestra debilidad. Tampoco enseña que decidió ignorar su justicia para aceptarnos de cualquier manera. El evangelio proclama algo infinitamente más glorioso: Dios encontró en su Hijo todo aquello que siempre había demandado del hombre. La obediencia que Él exigía, Cristo la vivió. La justicia que Él buscaba, Cristo la manifestó. La santidad que Él ama, Cristo la encarnó. El amor que nunca deja de ser, Cristo lo reveló en toda su plenitud.

Entonces comprendemos que el Padre no solo nos perdonó por medio de Cristo, sino que también nos unió a Él. Esta verdad es la esencia del Nuevo Pacto. Pablo habla una y otra vez de estar “en Cristo”, “con Cristo”, “juntamente con Cristo”, “en Él”. No son expresiones poéticas. Son la descripción de una realidad espiritual extraordinaria. Dios no nos mira como personas aisladas intentando alcanzar un ideal imposible. Nos contempla en su Hijo, aceptados en el Amado (**Efesios 1:6**), revestidos de Cristo (**Gálatas 3:27**), completos en Él (**Colosenses 2:10**).

Es más, en **1 Corintios 6:17** dice que *“el que se une al Señor, un espíritu es con él”*. Desde esa perspectiva, las demandas de las Escrituras dejan de ser una escalera para alcanzar el favor de Dios y se convierten en ventanas que nos permiten contemplar la perfección de Jesucristo y la gracia que nos alcanzó en Él.

Este libro nace precisamente de ese enfoque y pretendo que sea una de las obras más trascendentes que haya escrito, sencillamente porque enseñaré sobre Él, sobre el único Hombre perfecto.

Por supuesto que al señalarnos en Él, no pretenderé bajo ningún punto de vista, disminuir el valor de la obediencia, ni restarle importancia a la santidad, ni presentar una gracia que ignore la transformación del creyente. Todo lo contrario. Mi convicción es que la verdadera obediencia solo puede brotar de la unión con Aquel que obedeció perfectamente; que la auténtica santidad solo puede

expresarse en quienes participan de la vida del Santo; y que el verdadero amor solo puede manifestarse porque ***“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo”*** (Romanos 5:5).

A lo largo de estas páginas recorreremos pasajes muy conocidos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Muchos de ellos han sido leídos durante generaciones como listas de exigencias dirigidas al creyente. Mi propuesta será hacer una pausa y formular una pregunta diferente antes de sacar conclusiones apresuradas, porque deseo mostrarles primeramente al Hombre perfecto.

No intentaré forzar los textos para que digan lo que no dicen. Al contrario, dejaré que sea el propio Nuevo Testamento quien nos enseñe a leer el Antiguo, tal como lo hicieron Jesús y los apóstoles. Descubriremos que, detrás de muchas preguntas, demandas y descripciones, aparece una misma figura, un mismo rostro, un mismo Hombre.

Porque, en realidad, toda la Biblia estuvo esperando a ese mismo Hombre. El único Hombre en quien el Padre encontró plena satisfacción. El único Hombre perfectamente justo. El único Hombre perfectamente obediente. El único Hombre perfectamente santo. El único Hombre perfectamente lleno de amor. Ese Hombre tiene un nombre. “Jesucristo”.

Y la buena noticia del evangelio es que Dios no solo nos invita a admirarlo desde lejos, sino que Su gracia soberana nos ha hecho uno con Él.

***“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho:
Porque linaje suyo somos.”***

Hechos 17:28



Capítulo uno

LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE PERFECTO

Existe una pregunta que atraviesa silenciosamente toda la Biblia. No aparece escrita siempre con las mismas palabras. A veces toma la forma de una bendición, otras veces la de una exigencia, otras la de una promesa y, en ocasiones, simplemente la de una descripción. Sin embargo, detrás de todas ellas parece esconderse una misma búsqueda. La pregunta es sencilla: ¿Dónde está el hombre que viva exactamente como Dios soñó al crearlo?

Aunque rara vez pensamos en ello, toda la historia bíblica parece desarrollarse alrededor de esa pregunta. Cuando Dios creó al hombre, no lo hizo como un experimento que debía descubrir su propio propósito. Desde el principio existió un diseño perfectamente definido en el corazón del Creador. El hombre fue creado para expresar la imagen de Dios, reflejar su carácter, administrar su creación y vivir en una comunión ininterrumpida con Él.

El relato de Génesis nos presenta una creación que progresa ordenadamente hasta alcanzar su punto culminante. La luz, los cielos, la tierra, los mares, la vegetación, los astros y los seres vivientes aparecen como una preparación para la

llegada del hombre. No era un ser más dentro de la creación. Era aquel que recibiría la responsabilidad de gobernarla representando al propio Dios.

“Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree...”

Génesis 1:26

En pocas palabras encontramos condensado el propósito divino. La imagen precede al gobierno. Antes de ejercer autoridad sobre la creación, el hombre debía reflejar el carácter de Aquel que le confería esa autoridad. Nunca existió la intención de separar ambas cosas. El gobierno sin la imagen produciría tiranía; la autoridad sin el carácter del Padre terminaría destruyendo aquello mismo que debía cuidar.

Por eso, desde el principio, la historia del hombre no es simplemente la historia de un ser creado, sino la historia de una representación. Dios deseaba contemplar en el hombre el reflejo de su propia naturaleza. No buscaba únicamente obediencia externa; buscaba una vida que expresara su corazón. Sin embargo, apenas dos capítulos después del comienzo de la historia, todo parece derrumbarse.

La caída no consistió únicamente en la entrada del pecado al mundo. Fue mucho más profunda. El hombre dejó de reflejar plenamente aquello para lo cual había sido creado. La imagen no desapareció por completo, pero quedó

profundamente distorsionada. Allí donde debía verse la justicia de Dios comenzó a manifestarse la injusticia. Donde debía reinar el amor apareció el egoísmo. Donde debía existir confianza surgió el temor. Donde había comunión apareció el escondite.

Entonces ocurre algo que siempre me ha llamado la atención. Después de la caída, Dios hace la primera pregunta registrada en la Biblia dirigida al hombre:

“¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9

Por supuesto, el Señor no había perdido de vista la ubicación geográfica de Adán. El Dios omnisciente sabía perfectamente detrás de qué árbol se encontraba escondido. La pregunta era infinitamente más profunda. No era una pregunta de ubicación, era una pregunta de condición. Es como preguntar: ¿Dónde quedó aquel hombre que reflejaba mi imagen? ¿Dónde quedó la comunión que disfrutábamos? ¿Dónde quedó la confianza? ¿Dónde quedó la vida? ¿Dónde estás?

Desde ese momento, la historia bíblica parece transformarse en una larga búsqueda del hombre que vuelva a responder plenamente al propósito eterno del Padre.

Es interesante observar que la Escritura no presenta inmediatamente una solución colectiva. Dios no dice: “Buscaré un pueblo mejor”. Tampoco afirma: “Modificaré

mis exigencias para adaptarlas a la nueva condición humana”. De ninguna manera, el estándar de Dios nunca disminuye. Él continúa buscando exactamente el mismo hombre que había concebido desde la eternidad.

Y aquí aparece una verdad que será fundamental para todo esta serie de libros sobre el Hombre perfecto. El problema nunca fue que Dios pidiera demasiado. El problema era que ningún descendiente de Adán podía responder plenamente a aquello que Dios justamente demandaba. Esta diferencia es enorme.

Con frecuencia pensamos que el Antiguo Testamento relata la historia de un Dios que exigía demasiado y de un hombre que hacía lo posible por obedecer. Sin embargo, esa no es la perspectiva que presenta la propia Escritura. El problema no radicaba en la perfección de las demandas divinas, sino en la incapacidad del hombre caído para alcanzarlas.

Por eso, cada vez que encontramos una descripción del hombre justo, del hombre íntegro, del hombre limpio o del hombre obediente, deberíamos detenernos un momento antes de pensar automáticamente en nosotros. Tal vez la Escritura esté haciendo algo más profundo, tal vez nos esté mostrando el perfil del Hombre que todavía no había llegado.

A medida que avanzamos por el Antiguo Testamento encontramos personajes extraordinarios. Hombres y mujeres que caminaron con Dios de una manera admirable. **Hebreos**

11 levanta delante de nosotros una verdadera galería de la fe. Sin embargo, por más admirables que sean sus vidas, ninguno de ellos constituye la respuesta definitiva a la búsqueda del Padre.

Todos estos hombres y mujeres de fe, nos reflejan algo precioso del carácter de Dios, pero ninguno pudo reflejarlo plenamente. Todos anunciaban algo, pero ninguno constituyó el cumplimiento final. Es como si el Antiguo Testamento nos permitiera contemplar destellos de un rostro que todavía permanece oculto. Cada personaje aporta un rasgo, una virtud, una característica, pero ninguno reúne en sí mismo la plenitud del diseño eterno de Dios.

Mientras la historia avanza en las Escrituras, la expectativa también crece. Tal vez nosotros llegamos a la Biblia porque conocimos al Señor pero ¿qué pensarían los hombres de antaño cuando leían respecto de las demandas de Dios y las profecías del Mesías? Tal vez se preguntarían: ¿Aparecerá finalmente ese Hombre perfecto? Porque Israel esperaba con ansiedad y aun la creación esperaba. La Ley lo describía y los Salmos lo anunciaban cantando. Los profetas lo anunciaban y todos lo esperaban, pero al final: ¿Pudieron reconocerlo?

Hoy continuamos con la misma Escritura y ya sabemos que vino a establecer el Reino, pero nuevamente lo estamos esperando por segunda vez. ¿Acaso el mundo lo espera? ¿Acaso la sociedad sabe algo de un hombre perfecto? Toda la

Escritura parece avanzar hacia un mismo punto y sin embargo aún hay tanto desconocimiento.

Cuando observamos el desarrollo de las Escrituras desde esta perspectiva, resulta difícil no advertir un patrón que se repite una y otra vez. Después de la caída, Dios continúa relacionándose con hombres y mujeres concretos, pero ninguno de ellos representa la respuesta definitiva a su propósito eterno.

Cada generación parece despertar una nueva esperanza y, al mismo tiempo, dejar una nueva desilusión. Es como si la historia avanzara con la expectativa silenciosa de que, finalmente, aparezca alguien capaz de reflejar plenamente el corazón del Padre.

Noé fue un hombre justo en medio de una generación corrompida. La Escritura afirma que halló gracia ante los ojos de Dios y que caminó con Él cuando el resto de la humanidad había escogido un camino completamente diferente. Sin embargo, apenas termina el relato del diluvio, encontramos al mismo Noé protagonizando un episodio que revela las limitaciones de su propia naturaleza.

La gracia que había preservado a la humanidad por medio de él no podía, sin embargo, transformar definitivamente el corazón humano. El problema del mundo no había sido resuelto porque el problema seguía habitando en el hombre mismo.

Con Abraham sucede algo semejante. Dios lo llama amigo, hace un pacto con él y le promete una descendencia que bendecirá a todas las naciones. Su fe llega a convertirse en un modelo para todos los creyentes, y aun así, el relato bíblico no oculta sus momentos de temor, sus vacilaciones ni las decisiones nacidas de la impaciencia.

La honestidad con la que las Escrituras presentan la vida de Abraham resulta sorprendente. No intentan construir un héroe impecable, sino mostrarnos a un hombre real, sostenido por la gracia de Dios, pero incapaz de convertirse en la respuesta definitiva al problema de la humanidad.

La misma realidad aparece en Moisés. Pocas personas disfrutaron de una intimidad semejante con Dios. La Biblia llega a decir que Jehová hablaba con él cara a cara, como habla cualquiera con su amigo. Fue el mediador del antiguo pacto, el libertador de Israel y el hombre a través del cual Dios entregó la Ley. Sin embargo, ni siquiera Moisés pudo introducir al pueblo en la tierra prometida. El libertador necesitaba, a su vez, otro Libertador.

David ocupa un lugar especial dentro de esta búsqueda. De todos los hombres del Antiguo Testamento, probablemente sea quien más claramente anticipa al Mesías. Fue pastor, rey, adorador y profeta. La Escritura incluso lo presenta como un hombre conforme al corazón de Dios. Sin embargo, basta recorrer algunos capítulos de su vida para comprender que esa expresión no significaba que hubiera alcanzado la perfección moral.

Su historia también quedó marcada por el pecado, el dolor y las consecuencias de sus propias decisiones. A través de David podemos contemplar destellos extraordinarios del corazón del futuro Rey, pero no al Rey definitivo.

Y si continuáramos recorriendo las páginas del Antiguo Testamento descubriríamos que este patrón jamás se interrumpe. José, Samuel, Elías, Ezequías, Josías, Daniel... todos ellos reflejan aspectos admirables del carácter de Dios. En algunos contemplamos una fe extraordinaria; en otros, una integridad poco común; en otros, un celo santo o una sabiduría excepcional. Sin embargo, ninguno reúne en sí mismo la plenitud de aquello que el Padre buscaba desde el principio.

Es precisamente aquí donde, a mi juicio, comenzamos a leer el Antiguo Testamento con nuevos ojos. Durante años pensé que estas historias eran, principalmente, una colección de ejemplos para imitar o evitar. Sin duda contienen enseñanzas prácticas, pero hoy creo que cumplen una función mucho más profunda.

Cada uno de esos hombres es como una pincelada sobre un lienzo inmenso. Ninguna pincelada revela por sí sola la obra completa, pero todas anuncian que el gran retrato está siendo preparado. En Abraham admiramos la fe; en José contemplamos el perdón; en Moisés la mansedumbre; en David el corazón de un pastor; en Salomón la sabiduría; pero el retrato permanece incompleto porque ninguna de esas virtudes alcanza su plenitud en un solo hombre.

Solo mucho tiempo después comprendemos que el Espíritu Santo estaba componiendo, a través de toda la historia bíblica, el retrato de una única Persona. Cada generación añadía un nuevo trazo, una nueva luz, un nuevo matiz. Ninguno era el cuadro terminado. Todos señalaban hacia Él.

Y quizá sea precisamente por eso que, cuando Cristo aparece en los evangelios, no llega simplemente como un maestro más, ni como un profeta más dentro de la larga historia de Israel. Él aparece como el Hombre en quien, finalmente, todas aquellas pinceladas dispersas encuentran unidad y plenitud.

En Él la fe de Abraham, la mansedumbre de Moisés, el corazón pastoral de David, la sabiduría de Salomón y la integridad que los salmos describen dejan de ser virtudes aisladas para convertirse en la expresión perfecta de una sola vida. El problema nunca fue el estándar de Dios, sino la incapacidad del hombre para vivir a la altura de un Dios Santo.

Ahora bien, existe una idea que, aunque rara vez se expresa de manera abierta, ha influido profundamente en la forma en que muchos creyentes leen las Escrituras. Se trata de la impresión de que Dios estableció un ideal tan elevado que, al comprobar la incapacidad del hombre para alcanzarlo, decidió rebajar de alguna manera sus exigencias en el Nuevo Pacto, pero esto no es así.

Cuando pensamos de esa manera, aun sin proponérselo, terminamos imaginando un Antiguo Testamento gobernado por demandas imposibles y un Nuevo Testamento donde esas demandas simplemente dejan de tener importancia. Entonces vemos un contraste tremendo entre un Dios que daba verdadero temor, que mataba ante el pecado, y un Dios que simplemente nos comprende y nos perdona todo. Sin embargo, esa no es la forma de interpretar la historia que nos cuenta la Biblia.

El problema jamás estuvo en el estándar de Dios. Desde el principio hasta el final de las Escrituras, el Padre nunca modifica su carácter ni disminuye aquello que considera bueno, santo y perfecto. Él continúa amando la verdad, la justicia, la pureza, la fidelidad y el amor con la misma intensidad con que los amó desde antes de la fundación del mundo. No olvidemos que Su Ley no fue deficiente y es eterna (**Salmo 119:142**).

Santiago llega a decir que en Él *“no hay mudanza, ni sombra de variación”* (**Santiago 1:17**), y esa inmutabilidad no solo se refiere a Su existencia, sino también a Su naturaleza y a Su propósito eterno. Dios es el mismo que más de una vez hizo temblar la tierra por causa del pecado, solo que ha sido complacido por la vida santa del Hijo.

Esto significa que Dios nunca dejó de buscar un hombre que lo amara con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (**Mateo 22:37**). Nunca dejó de amar la santidad, ni dejó de complacerse en la

obediencia perfecta. El problema era que, después de la caída, ningún descendiente de Adán podía responder plenamente a ese llamado.

Aquí es donde el apóstol Pablo nos ayuda a comprender la verdadera dimensión del conflicto. Escribiendo a los Romanos afirma que ***“la ley, a la verdad, es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”*** (Romanos 7:12). Observemos cuidadosamente sus palabras. Pablo no culpa a la Ley del fracaso del hombre.

No dice que el problema fuera el mandamiento, sino la incapacidad del ser humano dominado por el pecado. Más adelante añade que ***“era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne”*** (Romanos 8:3). La debilidad no estaba en la Ley; estaba en la carne. El estándar era perfecto. Quien no podía alcanzarlo era el hombre.

Esta afirmación resulta decisiva para comprender el evangelio. Si el problema hubiera sido la severidad de las demandas divinas, la solución habría consistido en disminuirlas. Pero Dios jamás hizo eso. El evangelio no consiste en una reducción del ideal divino, sino en la aparición del Hombre que finalmente respondió perfectamente a ese ideal.

Tal vez por eso Jesús pronunció palabras que, a primera vista, parecen desconcertantes. En el Sermón del Monte declaró: ***“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para***

cumplir” (Mateo 5:17). Durante años entendí esta expresión únicamente como el cumplimiento de las profecías mesiánicas, y ciertamente incluye ese aspecto. Sin embargo, cuanto más observo la vida de Cristo, más comprendo que Él no solo cumplió lo que los profetas anunciaron acerca de su venida; también cumplió todo aquello que la Ley y las Escrituras describían acerca del hombre que agrada a Dios.

Cada mandato encontraba en Él una obediencia perfecta. Cada descripción del justo encontraba en Él su realización. Cada retrato del hombre íntegro adquiría un rostro concreto en Su persona. Allí donde todos habían fracasado, Cristo permanecía firme. Allí donde todos habían tropezado, Él obedecía. Allí donde el pecado había deformado la imagen de Dios en el hombre, el Hijo la manifestaba con absoluta perfección.

No deja de ser significativo que, antes de comenzar su ministerio público, el Padre abriera los cielos para declarar: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** (Mateo 3:17). Esa declaración no fue un simple gesto de afecto paternal; fue el testimonio público de que, por primera vez desde la caída, existía un Hombre en quien el Padre encontraba un deleite absoluto.

Todo cuanto había buscado desde el principio estaba presente en Cristo. La imagen era perfecta. La obediencia era perfecta. La comunión era perfecta. La confianza era perfecta. La dependencia era perfecta. El Padre contemplaba

en su Hijo aquello que había deseado contemplar desde el día en que formó a Adán del polvo de la tierra.

Esta verdad cambia profundamente nuestra manera de acercarnos a las demandas de las Escrituras. Cuando leemos el Antiguo Testamento pensando únicamente en nosotros, cada mandato se convierte en una pesada responsabilidad y cada descripción del justo termina funcionando como un espejo que evidencia nuestras carencias. Pero cuando comenzamos por Cristo, el mismo pasaje se transforma en una revelación del Hijo amado. Ya no vemos únicamente lo que Dios espera del hombre; contemplamos lo que Dios encontró plenamente en su Hijo.

Y es precisamente allí donde el evangelio comienza a desplegar toda su belleza. Porque el propósito del Padre nunca fue mostrarnos a Cristo para que lo admiráramos desde la distancia, sino para unirnos a Él. Pablo no dice simplemente que Cristo obedeció; dice que nosotros hemos sido ***“bautizados en Cristo”*** (Gálatas 3:27), lo cual no implica un acto religioso tal como algunos lo han degradado, esto es un acto extraordinario, porque somos sumergidos en Él, en Su muerte, en Su cuerpo y en Su Espíritu.

Pablo también dice que estamos ***“completos en Él”*** (Colosenses 2:10) y que nuestra vida está ***“escondida con Cristo en Dios”*** (Colosenses 3:3). Estas expresiones dejan de ser fórmulas doctrinales cuando comprendemos su alcance. El Padre no solo encontró al Hombre perfecto;

decidió incluirnos en Él para que todo lo que pertenece al Hijo llegara a ser también la herencia de quienes creen.

Quizá aquí se encuentre una de las diferencias más profundas entre la religión y el evangelio. La religión siempre intenta acercar al hombre hasta el estándar de Dios mediante el esfuerzo humano. El evangelio, en cambio, anuncia que Dios acercó al Hombre perfecto hasta nosotros y, por medio de la cruz y de la resurrección, nos introdujo en Su vida. Ya no se trata de ascender hacia un ideal inalcanzable, sino de permanecer en Aquel que lo cumplió perfectamente.

Al llegar a este punto surge, de manera natural, una pregunta que será determinante para el resto del libro. Si Cristo es el Hombre perfecto que respondió plenamente a todo cuanto el Padre demandaba, ¿será posible que muchas de las descripciones que encontramos a lo largo del Antiguo Testamento no estuvieran señalando, en primer lugar, al creyente, sino precisamente a Él?

Esa será la senda que recorreremos en los próximos capítulos, y sospecho que, una vez que comencemos a verla, descubriremos que las Escrituras estaban anunciando a Cristo con mucha más amplitud de lo que habíamos imaginado.



Capítulo dos

EL HOMBRE PERFECTO REVELADO

“Cada vez que Dios describía al hombre que deseaba, estaba revelando al Hijo”.

A medida que avanzamos en la lectura del Antiguo Testamento, comenzamos a descubrir un fenómeno tan frecuente como sorprendente. Una y otra vez aparecen descripciones del hombre que agrada a Dios. Algunas se presentan como bendiciones, otras como preguntas, otras como requisitos para acercarse a su presencia y otras como el perfil moral de quien vive conforme a su voluntad.

Durante siglos esos textos han sido leídos casi exclusivamente como modelos de conducta para el creyente, y ciertamente contienen un llamado a una vida santa. Sin embargo, al observarlos desde la luz del Nuevo Pacto, parece emerger una dimensión todavía más profunda.

No debemos olvidar que el Antiguo Testamento fue escrito mucho antes de la encarnación del Hijo. La humanidad todavía no conocía el rostro de Cristo, pero el Padre sí lo conocía desde la eternidad. El Hijo no comenzó a

existir en Belén; ***“en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1)***. Antes de que los hombres contemplaran a Jesús caminando por los caminos de Galilea, el Padre ya veía en Él la imagen perfecta de todo cuanto amaba.

Por eso resulta razonable pensar que, cada vez que las Escrituras describían al hombre conforme al corazón de Dios, estaban anticipando, aunque fuera de manera parcial, las perfecciones de su propio Hijo. Esta idea encuentra un respaldo extraordinario en las palabras del apóstol Pablo cuando afirma que Cristo ***“es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15)***.

La palabra imagen no significa simplemente semejanza exterior. Habla de la manifestación visible de aquello que antes permanecía oculto. Cristo no vino únicamente a enseñarnos quién es Dios; vino a manifestarlo. Todo lo que el Padre ama, todo lo que el Padre aprueba, todo lo que el Padre considera perfecto, se encuentra plenamente revelado en la persona de Jesucristo.

Si esto es cierto, y creo que el Nuevo Testamento no deja lugar a dudas, entonces las descripciones del hombre justo adquieren un significado completamente nuevo. Ya no son únicamente una lista de virtudes abstractas. Son destellos del carácter de Cristo antes de que el mundo conociera su nombre.

Pensemos por un momento en la manera en que los evangelios presentan a Jesús. Él nunca necesitó esforzarse para parecer justo. La justicia brotaba naturalmente de su vida porque formaba parte de su propia naturaleza. Nunca buscó aparentar humildad; la humildad era la expresión espontánea de su relación con el Padre.

Nunca intentó amar a sus enemigos como si estuviera cumpliendo una obligación religiosa; el amor era el aire mismo que respiraba Su ministerio. La santidad, la misericordia, la paciencia y la verdad no eran virtudes que Cristo practicaba ocasionalmente. Eran la manifestación visible de quien Él era.

Ahora volvamos al Antiguo Testamento con esta perspectiva. Cuando el salmista habla del hombre bienaventurado que no anduvo en consejo de malos, ¿está describiendo únicamente una conducta esperada del creyente, o está anunciando, sin saberlo plenamente, la vida impecable del Hijo de Dios? Cuando David pregunta quién subirá al monte de Jehová y responde: “El limpio de manos y puro de corazón”, ¿está estableciendo simplemente un requisito para acercarse a Dios o está señalando al único Hombre que realmente podía permanecer delante de su santidad?

Cuando el libro de Deuteronomio presenta las bendiciones reservadas para el hombre perfectamente obediente, ¿debemos leerlas solo como una meta

inalcanzable para Israel o como una anticipación de Aquel que sería obediente hasta la muerte y muerte de cruz?

No pretendo responder todavía cada una de estas preguntas. Tendremos tiempo para recorrerlas con detenimiento a lo largo de esta serie de libros. Lo importante, por ahora, es permitir que nazca una sospecha santa en el corazón del lector: tal vez muchas de las páginas que siempre leímos como un espejo de nuestras obligaciones eran, en realidad, ventanas abiertas hacia la persona de Cristo.

Esta manera de leer las Escrituras no disminuye en absoluto el valor de la obediencia cristiana. Por el contrario, la coloca sobre un fundamento mucho más sólido. Porque la verdadera transformación nunca comienza contemplándonos a nosotros mismos, sino contemplando al Hijo.

Pablo lo expresa con una claridad admirable cuando escribe: ***“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Corintios 3:18)***. Observemos cuidadosamente el orden. No somos transformados mirando nuestras propias carencias, sino contemplando la gloria del Señor.

La contemplación precede a la transformación. Primero vemos a Cristo; luego el Espíritu reproduce en nosotros aquello que hemos contemplado. Esta ha sido siempre la pedagogía del Reino. Dios nunca esperó que el hombre fabricara por sus propias fuerzas el carácter de

Cristo. Su propósito ha sido revelar a su Hijo y permitir que la vida del Hijo se exprese en quienes permanecen unidos a Él.

Quizá aquí encontremos una diferencia que ha pasado inadvertida para muchos creyentes. Existe una enorme distancia entre intentar imitar una virtud y participar de la vida de la Persona en quien esa virtud habita plenamente. La religión suele conformarse con la primera opción. El evangelio del Reino nos conduce inevitablemente hacia la segunda.

Un hombre puede proponerse ser más paciente, más humilde o más misericordioso. Sin embargo, esas virtudes, separadas de Cristo, terminan convirtiéndose en simples esfuerzos morales. En cambio, cuando comprendemos que Cristo mismo es nuestra vida (**Colosenses 3:4**), dejamos de perseguir cualidades aisladas para buscar una comunión más profunda con Él. Entonces ocurre algo maravilloso: las virtudes ya no son el fruto del esfuerzo independiente del creyente, sino la manifestación natural de la vida del Hijo actuando en nosotros por medio del Espíritu Santo.

Tal vez por eso Jesús nunca invitó a sus discípulos a desarrollar un programa de perfeccionamiento moral. Nunca los escuchamos decir: “Esfuércense por producir más amor” o “trabajen para alcanzar una mayor paciencia”. Su invitación fue mucho más profunda: ***“Permaneced en mí”*** (**Juan 15:4**). Sabía que, permaneciendo en Él, el fruto aparecería inevitablemente. El problema nunca fue la

ausencia de mandamientos; el problema siempre fue la ausencia de verdadera vida.

Sin embargo, como maestro de la Palabra asumo mi rol y me pregunto públicamente: ¿Tengo realmente fundamento para interpretar de esa manera las Escrituras? ¿No estaré proyectando sobre el Antiguo Testamento ideas que pertenecen exclusivamente al Nuevo? La mejor respuesta no consiste en defender una teoría, sino en observar cómo el propio Señor Jesús interpretaba las Escrituras.

Cuando abrimos los evangelios descubrimos que Jesús jamás leyó el Antiguo Testamento como un conjunto de relatos aislados o de enseñanzas independientes entre sí. Para Él, toda la revelación tenía un mismo centro y una misma dirección. En una ocasión, dialogando con los dirigentes religiosos de Israel, pronunció unas palabras que deberían acompañarnos cada vez que abrimos la Biblia:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”

Juan 5:39 y 40

Estas palabras son mucho más profundas de lo que solemos imaginar. Jesús no dijo simplemente que algunas profecías hablaban de Él. Tampoco afirmó que ciertos pasajes podían aplicarse a su ministerio. Declaró que las Escrituras daban testimonio de Él. Aquellos hombres conocían la Ley,

los Profetas y los Salmos con una dedicación admirable. Eran capaces de citar extensos pasajes de memoria y dedicaban su vida al estudio de los textos sagrados. Sin embargo, delante de ellos se encontraba Aquel a quien se dirigían todas esas Escrituras, y no lograban reconocerlo.

Esto nos enseña algo profundamente revelador. Es posible conocer las Escrituras sin descubrir a Cristo. Se puede memorizar la letra y, al mismo tiempo, perder de vista el rostro hacia el cual esa letra señala. El problema de aquellos hombres no era la falta de conocimiento bíblico, sino la ausencia del centro de la revelación.

Esta misma verdad aparece con una claridad conmovedora después de la resurrección. Dos discípulos caminaban desanimados hacia Emaús convencidos de que la muerte de Jesús había destruido todas sus esperanzas. El Señor se acercó a ellos sin ser reconocido y comenzó a escuchar su conversación. Después de oír sus palabras les dijo: ***“¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?”*** (Lucas 24:25 y 26).

Lo que sucede a continuación constituye, probablemente, una de las escenas más extraordinarias de toda la Biblia. Lucas escribe: ***“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían”*** (Lucas 24:27).

Me gustan mucho los detalles de Lucas, ya que declara: ***“Comenzando desde Moisés...”*** Es decir, desde el principio, siguiendo por todos los profetas. No algunos, sino posiblemente todos. Es decir, en todas las Escrituras. No únicamente en los pasajes claramente mesiánicos. En todas. Y les mostró lo que de Él decían.

Confieso que muchas veces he imaginado aquella caminata. ¡Cuánto me hubiera gustado escuchar aquella enseñanza! Sin embargo, quizá el Espíritu Santo no permitió que Lucas registrara cada explicación porque deseaba que la Iglesia aprendiera a realizar el mismo recorrido. Jesús no entregó simplemente una lista de textos; entregó una manera de leer las Escrituras.

Más tarde, reunido con todos sus discípulos, volvió a insistir sobre el mismo principio: ***“Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”*** (Lucas 24:44). Y enseguida añade una frase que, a mi juicio, posee un enorme valor para nuestro propósito: ***“Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”*** (Lucas 24:45).

Observemos cuidadosamente el orden. Las Escrituras eran las mismas que habían leído toda su vida. Los textos no cambiaron. Lo que cambió fue el entendimiento. De pronto comenzaron a descubrir a Cristo donde antes solo habían visto historias, mandamientos y relatos nacionales. No recibieron un libro nuevo; recibieron una nueva luz para leer el que ya tenían.

Creo que aquí encontramos uno de los principios más importantes de este libro. El Nuevo Pacto no nos entregó únicamente nuevas verdades; también nos enseñó una nueva manera de leer las antiguas. Desde la venida de Cristo ya no podemos acercarnos al Antiguo Testamento como si el Mesías todavía estuviera por venir.

Lo leemos sabiendo que Él ya vino, ya cumplió la voluntad del Padre, ya murió, ya resucitó y ya fue exaltado a la diestra de Dios. Toda lectura que ignore esa realidad corre el riesgo de convertir nuevamente en exigencia aquello que el evangelio presenta como cumplimiento.

No estoy diciendo con esto que cada versículo deba ser interpretado de manera alegórica ni que toda referencia al hombre deba aplicarse automáticamente a Cristo. Sería un error tan grande como el que intentamos evitar. La fidelidad a las Escrituras exige respetar el contexto, el género literario y la intención original de cada pasaje. Sin embargo, también exige reconocer que toda esa revelación alcanza su plenitud en la persona del Hijo. Es precisamente eso lo que Jesús enseñó a sus discípulos camino a Emaús y lo que los apóstoles desarrollaron posteriormente en sus cartas.

Tal vez la mejor imagen para comprender esta realidad sea la del amanecer. Durante la noche es posible distinguir montañas, árboles y caminos, pero todo aparece envuelto en sombras. Cuando finalmente sale el sol, el paisaje no cambia; lo que cambia es la luz con la que ahora lo contemplamos. Algo semejante ocurre con las Escrituras.

El Antiguo Testamento sigue siendo exactamente el mismo, pero desde la resurrección de Cristo el Sol de justicia ha iluminado cada una de sus páginas. Ahora contemplamos con claridad aquello que antes permanecía apenas insinuado.

Y quizá sea esa la razón por la cual Pablo pudo afirmar que *“todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén”* (2 Corintios 1:20). No dijo que algunas alcanzan su cumplimiento en Cristo. Dijo todas. El Hijo no ocupa un lugar dentro de la revelación; Él constituye el lugar donde toda la revelación encuentra finalmente su unidad.



Capítulo tres

EL DISEÑO DEL PADRE SIEMPRE TUVO UN ROSTRO

Existe un detalle que, durante muchos años, pasó completamente inadvertido para mí. Cuanto más recorría las páginas del Antiguo Testamento, más me sorprendía la frecuencia con que Dios describía al hombre que le agradaba. No se trataba únicamente de mandamientos. En muchas ocasiones las Escrituras parecían detenerse para pintar cuidadosamente el carácter de ese hombre.

Era limpio de manos, puro de corazón, íntegro en su camino, amante de la verdad, misericordioso, justo, obediente, humilde y fiel. A veces esas descripciones aparecían en forma de salmos; otras, en los libros sapienciales; otras, en labios de los profetas. Eran como pequeñas ventanas abiertas a un mismo paisaje.

Durante mucho tiempo pensé que el propósito de esas descripciones era únicamente mostrar el ideal moral que Dios esperaba alcanzar en sus hijos, sobre todo ante la revelación de un Dios temiblemente Santo. Sin embargo, al observarlas con mayor detenimiento, comenzó a surgir una pregunta que no podía ignorar. Si todos aquellos retratos describían al hombre que agradaba perfectamente al Padre, ¿por qué

ninguno de los personajes bíblicos lograba encajar completamente en ellos?

La respuesta parece recorrer silenciosamente toda la historia de Israel. Porque aquellos retratos nunca tuvieron la intención de encontrar su cumplimiento definitivo en Abraham, ni en Moisés, ni en David, ni en los profetas. Todos ellos reflejaban aspectos preciosos del carácter de Dios, pero ninguno agotaba la belleza del retrato. Era como contemplar un mosaico al que todavía le faltaban muchas piezas. Cada generación añadía un nuevo color, una nueva forma, un nuevo matiz, pero la figura completa permanecía oculta.

Con el paso del tiempo comprendí que el problema no estaba en los hombres, sino en mi manera de leer las Escrituras. Yo suponía que el Antiguo Testamento estaba describiendo, principalmente, a quienes debían obedecer a Dios. Sin embargo, el Nuevo Testamento me llevó a considerar otra posibilidad mucho más profunda: el Padre estaba describiendo al Hombre que un día enviaría al mundo.

Esta perspectiva cambia completamente la manera de leer la revelación. Ya no vemos una sucesión de ideales morales dispersos, sino la construcción progresiva de un único retrato. Cada descripción añade un nuevo rasgo del rostro de Cristo. Cada demanda revela una nueva perfección del Hijo. Cada virtud que el Padre aprueba encuentra su expresión absoluta en Jesucristo.

No deja de ser significativo que, cuando Felipe le pidió al Señor: ***“Muéstranos el Padre”***, Jesús respondiera: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”*** (Juan 14:9). Generalmente utilizamos este pasaje para hablar de la divinidad de Cristo, y con razón. Sin embargo, también revela algo acerca del propósito eterno de Dios. Cristo no solo vino a enseñarnos quién es el Padre; vino a mostrarnos cómo luce un hombre plenamente gobernado por el Padre. En Él contemplamos, por primera vez desde la caída, la humanidad tal como había sido soñada desde la eternidad.

Esta verdad nos ayuda a comprender algo que, de otro modo, resultaría difícil explicar. Jesús nunca aparece luchando por convertirse en aquello que el Padre esperaba de Él. Nunca lo vemos esforzándose por alcanzar la paciencia, buscando producir humildad o intentando amar a sus enemigos.

Todo eso brotaba naturalmente de Su vida porque no constituían para Él, un conjunto de virtudes aprendidas, sino la expresión de su propia naturaleza. Él no actuaba como un hombre justo; Él era el Justo. No procura parecer santo; Él era el Santo de Dios encarnado. No intentaba vivir en amor; Él era la manifestación visible del amor del Padre.

Aquí descubrimos una diferencia fundamental entre la vida de Cristo y la experiencia religiosa del hombre. La religión siempre comienza por las virtudes y espera que, mediante el esfuerzo constante, terminemos pareciéndonos al ideal que Dios propone. El evangelio comienza por una

Persona. Primero nos presenta al Hijo y luego nos invita a permanecer en Él para que su propia vida se exprese en nosotros.

Esta diferencia puede parecer sutil, pero transforma por completo la vida cristiana. El hombre religioso vive preguntándose cómo alcanzar la paciencia, la pureza, la humildad o el amor. El discípulo de Cristo aprende una pregunta diferente: ¿cómo permanecer más profundamente unido a Aquel en quien todas esas virtudes habitan en plenitud?

El primero concentra su atención en las cualidades; el segundo concentra su mirada en la Persona. Y, paradójicamente, es este último quien termina manifestando el fruto que el primero jamás consigue producir mediante sus propias fuerzas. El evangelio del Reino no se puede vivir con nuestras fuerzas, se vive en una Persona.

Tal vez por eso el Nuevo Testamento insiste tanto en expresiones como *“permaneced en mí”* (Juan 15:4), *“vestíos del Señor Jesucristo”* (Romanos 13:14), *“Cristo vive en mí”* (Gálatas 2:20) o *“Cristo, el cual es nuestra vida”* (Colosenses 3:4). Ninguna de estas expresiones coloca el énfasis en el esfuerzo humano. Todas señalan hacia una realidad mucho más profunda: Reitero, la vida cristiana nace de la unión con una Persona y no de la acumulación de principios morales.

Mientras meditaba en esto, recordé unas palabras del apóstol Pablo que, durante años, leí casi sin detenerme en ellas. Escribiendo a los corintios afirma que Cristo ***“nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”*** (1 Corintios 1:30). Observemos con cuidado lo que Pablo no dice. No afirma que Cristo vino simplemente a enseñarnos sabiduría, a inspirarnos justicia o a motivarnos hacia la santidad. Dice algo infinitamente más profundo: Cristo mismo nos ha sido hecho todas esas cosas.

¡Qué extraordinaria declaración! La sabiduría no es solamente una enseñanza que recibimos; tiene un nombre. La justicia no es únicamente una condición que alcanzamos; tiene un nombre. La santificación no comienza como un esfuerzo del creyente; tiene un nombre. Todo aquello que el Padre ama y aprueba se encuentra reunido en una sola Persona.

Existe una tendencia casi natural en el corazón humano cuando nos acercamos a las Escrituras. Sin siquiera proponérselo, tendemos a colocarnos inmediatamente en el centro del relato. Si leemos un mandamiento, pensamos en lo que debemos hacer. Si encontramos una promesa, nos preguntamos cómo alcanzarla. Si aparece la descripción de un hombre justo, casi automáticamente comenzamos a compararnos con él. Nuestra lectura se vuelve inevitablemente egocéntrica. El primer personaje que buscamos en el texto somos nosotros mismos.

No creo que esta tendencia nazca de una mala intención. Más bien revela cuánto necesitamos comprender la diferencia entre la antigua creación y la nueva creación. El hombre caído siempre intenta resolver su relación con Dios comenzando por sí mismo. Aun cuando desea agradarlo sinceramente, suele preguntarse qué debe cambiar, qué debe mejorar o qué esfuerzo adicional necesita realizar para alcanzar aquello que las Escrituras describen.

Sin embargo, cuando observamos la manera en que los apóstoles anunciaban el evangelio descubrimos un orden completamente diferente. Ellos nunca comenzaban por el hombre. Siempre comenzaban por Cristo.

Pensemos, por ejemplo, en la carta a los Efesios. Antes de exhortar a los creyentes acerca de su conducta, Pablo dedica tres capítulos enteros a mostrar lo que Dios ya había realizado en Cristo.

Habla de la elección antes de la fundación del mundo, de la redención por su sangre, de la adopción, del sello del Espíritu Santo, de la resurrección juntamente con Cristo, de la nueva humanidad y de la reconciliación. Solo después de haber establecido esa realidad comienza a decir: ***“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”*** (Efesios 4:1).

Ese “yo pues” es extraordinariamente importante. La conducta aparece como una consecuencia de la obra de Cristo y no como la condición para alcanzarla.

Lo mismo ocurre en la carta a los Romanos. Durante once capítulos Pablo desarrolla con una profundidad impresionante la justicia de Dios manifestada en Cristo, la incapacidad de la carne, la justificación por la fe, la unión con Cristo en su muerte y resurrección, la obra del Espíritu Santo y el propósito eterno de Dios. Recién entonces escribe: ***“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios...”*** (Romanos 12:1). Notemos nuevamente el orden, primero la obra de Dios, después la respuesta del hombre. Este orden no es casual. Constituye la estructura misma del evangelio.

Cuanto más he meditado en esto, más he comprendido que la religión y el evangelio no solo difieren en sus conclusiones; difieren desde el punto de partida. La religión comienza preguntando: “¿Qué debo hacer?”. El evangelio comienza anunciando: “Esto es lo que Cristo ha hecho”. La religión coloca inmediatamente el peso sobre los hombros del hombre. El evangelio dirige primero la mirada hacia los hombros del Cordero.

Quizá por eso el Señor nunca respondió a la necesidad del mundo enviando una nueva lista de mandamientos. Si el problema hubiera sido la falta de información, habría bastado con escribir un código moral más completo. Pero el Padre sabía que el verdadero problema no era la ausencia de mandamientos, sino la ausencia de vida. El hombre conocía muchas veces lo que debía hacer y, aun así, descubriría dentro de sí una incapacidad profunda para vivir conforme a aquello que reconocía como bueno.

Nadie expresó mejor esa realidad que el propio Pablo cuando escribió: ***“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19)***. Estas palabras no describen simplemente un conflicto psicológico. Revelan la tragedia del hombre que conoce el bien, pero carece de la vida necesaria para producirlo. El problema nunca fue la falta de luz. El problema era la impotencia de la carne.

Y es precisamente aquí donde el evangelio introduce una novedad absolutamente revolucionaria. Dios no responde enviando un hombre mejor entrenado, sino enviando un Hombre completamente nuevo. Cristo no viene como una versión mejorada de Adán. Viene como el comienzo de una humanidad completamente nueva.

Pablo desarrolla esta verdad con una claridad admirable al escribir: ***“El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo” (1 Corintios 15:47)***. Me conmueve profundamente que el apóstol no diga simplemente “el segundo Mesías” o “el segundo Salvador”. Dice ***“el segundo hombre”***. Es como si toda la historia de la humanidad pudiera resumirse en dos hombres. El primero representa a la vieja creación. El segundo inaugura una creación completamente nueva.

Entonces comprendemos que el propósito del Padre nunca fue perfeccionar al primer hombre. Su propósito era introducirnos en el Segundo que siempre ha sido perfecto.

Esta verdad arroja una luz completamente nueva sobre la manera de leer las Escrituras. Cada vez que encontramos el retrato del hombre perfecto debemos preguntarnos honestamente: ¿está describiendo al primer Adán intentando superarse a sí mismo, o está anticipando al Segundo Hombre que habría de venir? La respuesta transforma por completo nuestra lectura.

Comenzamos a descubrir que el evangelio no consiste en tomar al viejo hombre y enseñarle a comportarse como Cristo. Consiste en que el viejo hombre fue crucificado juntamente con Él para que una nueva vida surgiera en unión con el Hijo resucitado.

Por eso Pablo puede afirmar: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”*** (Gálatas 2:20). Observemos la profundidad de esta declaración. El objetivo del evangelio no es simplemente mejorar el “yo”. El objetivo es que Cristo sea la vida del creyente.

Esta diferencia explica por qué tantas personas aman sinceramente al Señor y, sin embargo, viven bajo un peso constante. Leen cada descripción del hombre justo como una nueva obligación personal. Cada pasaje añade una carga más sobre una conciencia ya fatigada. Poco a poco, la Biblia deja de ser contemplada como la revelación gloriosa de Cristo y comienza a percibirse como un catálogo interminable de metas que nunca llegan a alcanzarse plenamente.

Pero cuando el Espíritu Santo abre nuestros ojos para contemplar al Hijo en las Escrituras, el efecto es completamente distinto. Cada nuevo retrato deja de producir ansiedad y comienza a despertar adoración. Ya no sentimos que el Padre nos está mostrando únicamente aquello que nos falta; descubrimos con inmensa gratitud aquello que encontramos plenamente en Cristo y que, por pura gracia, decidió compartir con nosotros.

Confieso que esta realidad es gloriosa, el Nuevo Pacto no disminuye la belleza del ideal divino; la engrandece. Porque ya no contemplamos un ideal abstracto suspendido delante de nosotros como una meta imposible. Contemplamos a una Persona viva, resucitada y glorificada, en quien el ideal se hizo carne y en cuya vida ahora hemos sido incorporados.

Y quizá sea precisamente por eso que el escritor de Hebreos nos invita a correr la carrera ***“puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe”*** (Hebreos 12:2). No dice: “Puestos los ojos en ustedes mismos”. Tampoco: “Puestos los ojos en sus progresos espirituales”. Toda la transformación del creyente comienza mirando al mismo lugar donde comienza el evangelio: el rostro del Hijo.



Capítulo cuatro

LA DIFERENCIA ENTRE UN ESPEJO Y UN RETRATO

Hay una imagen que me ha acompañado durante mucho tiempo y he utilizado para ilustrar algunas de mis enseñanzas, y cuanto más pienso en ella, más me convengo de que puede ayudarnos a comprender la diferencia entre una lectura centrada en el hombre y una lectura centrada en Cristo.

Imaginemos por un momento que entramos en una sala donde cuelga una extraordinaria obra de arte. Se trata del retrato de un rey, pintado por un maestro cuya habilidad ha logrado reflejar hasta el más mínimo detalle de su rostro. La luz, la expresión de sus ojos, la firmeza de su mirada, la nobleza de su porte y la serenidad de su semblante hacen que cualquiera permanezca largo tiempo contemplando aquella pintura.

Sin embargo, alguien entra en la sala, apenas mira el cuadro y, en lugar de detenerse a contemplarlo, saca un pequeño espejo del bolsillo para comenzar a compararse con el retrato. Observa su propio rostro, vuelve a mirar el cuadro, regresa nuevamente al espejo y empieza a enumerar todas las

diferencias. “Mi mirada no transmite esa paz; mi rostro no refleja esa firmeza; me falta esa dignidad; todavía estoy muy lejos de parecerme a él”. Es decir, en pocos minutos ha dejado de contemplar la belleza del retrato para concentrarse únicamente en sus propias imperfecciones.

Me pregunto si, en muchas ocasiones, no hemos hecho exactamente eso al leer las Escrituras. Dios nos presenta la belleza de su Hijo y nosotros, casi sin advertirlo, convertimos inmediatamente el texto en un espejo donde examinamos nuestras propias carencias. Allí donde el Padre deseaba despertar adoración, nosotros terminamos produciendo comparación. Allí donde el Espíritu Santo quería revelar a Cristo, nuestra atención vuelve una y otra vez sobre nosotros mismos.

No estoy diciendo que la Biblia no funcione también como un espejo. No me he olvidado que Santiago utiliza precisamente esa imagen cuando compara la Palabra con un hombre que observa su rostro en un espejo (**Santiago 1:23 al 25**). La Escritura revela nuestro verdadero estado y desenmascara todo aquello que necesita ser transformado. Esa función jamás debe ser minimizada.

Pero existe una diferencia muy importante entre mirar el espejo en el momento correcto y convertir toda la revelación en un espejo permanente. Cuando la Escritura nos revela el pecado, el espejo cumple una función indispensable. Nos convence de nuestra necesidad de un Salvador. Sin embargo, una vez que el evangelio nos presenta a Cristo, el

propósito principal ya no consiste en mantener nuestra mirada fija sobre nosotros mismos, sino en dirigirla hacia Él. El espejo nos conduce hasta la puerta; el retrato nos invita a permanecer contemplando al Rey.

Quizá por eso Pablo, al describir la transformación del creyente, no dice que somos cambiados observando continuamente nuestras propias deficiencias. Escribe algo completamente diferente: ***“Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Corintios 3:18).***

Durante años leí este versículo concentrándome únicamente en la palabra ***“transformación”***. Hoy pienso que la palabra más importante del pasaje es otra: ***“mirando”***. Porque la transformación depende de aquello que contemplamos.

El Espíritu Santo no nos cambia desviando constantemente nuestra atención hacia nuestras limitaciones. Nos transforma revelándonos cada vez con mayor claridad la gloria del Hijo. Cuanto más contemplamos a Cristo, más su vida encuentra espacio para manifestarse en nosotros. La contemplación precede a la transformación del mismo modo que la raíz precede al fruto. Pretender invertir ese orden solo produce frustración espiritual.

Esta verdad explica muchas de las tensiones que experimentan sinceros hijos de Dios. Aman profundamente

al Señor y desean vivir para Él, pero dedican la mayor parte de sus energías a observar sus propias fallas. Evalúan constantemente cuánto aman, cuánta paciencia poseen, cuánta fe han desarrollado o cuánto han avanzado en santidad. Sin darse cuenta, terminan viviendo frente al espejo mucho más tiempo del que permanecen delante del rostro de Cristo.

No es extraño entonces que aparezcan el desánimo o el orgullo. Si el análisis personal parece favorable, nace la autosuficiencia. Si el resultado es negativo, surge la condenación. Ambos caminos tienen un mismo origen: la mirada permanece excesivamente concentrada en uno mismo.

El evangelio nos propone un recorrido completamente distinto. Nos invita a levantar los ojos y contemplar al Hijo. No porque nuestras luchas carezcan de importancia, sino porque solo en Él encontramos aquello que jamás podremos producir por nosotros mismos. La paz que buscamos tiene un rostro. La justicia que necesitamos tiene un rostro. La obediencia que el Padre aprueba tiene un rostro. El amor que nunca deja de ser tiene un rostro. “Ese rostro es Jesucristo”.

Y aquí comienza a abrirse delante de nosotros una perspectiva que transformará la manera de leer cada uno de los pasajes que estudiaremos en este libro.

Cuando David escribe acerca del hombre bienaventurado, ¿está colocando un espejo delante del lector

o está comenzando a pintar el retrato del Rey? Cuando pregunta quién subirá al monte de Jehová, ¿está levantando una escalera imposible para el hombre natural o está señalando discretamente hacia el único Hombre que podía entrar para siempre en la presencia del Padre? Cuando Moisés describe las bendiciones reservadas para el obediente, ¿está aumentando el peso sobre los hombros de Israel o está anticipando al Hijo que obedecería perfectamente para abrirnos el camino de la bendición?

No responderemos estas preguntas apresuradamente. Cada una merece ser considerada con reverencia y con el respaldo de toda la revelación bíblica. Pero antes de abrir esos textos necesitábamos hacer este recorrido, porque de poco serviría cambiar la interpretación de algunos pasajes si no cambia primero la dirección de nuestra mirada.

Estoy convencido de que el mayor milagro que puede ocurrir en la vida de un creyente no consiste simplemente en aprender nuevas doctrinas. El verdadero milagro sucede cuando Cristo vuelve a ocupar el lugar central desde el cual ilumina toda la Escritura. En ese momento la Biblia deja de ser una colección de exigencias dispersas y comienza a revelarse como el testimonio armonioso del Hijo amado del Padre.

Y cuando eso sucede, el corazón descansa. No porque las demandas de Dios hayan desaparecido, sino porque finalmente descubrimos dónde fueron cumplidas. No porque el ideal haya sido rebajado, sino porque el Hombre perfecto

ha aparecido. No porque el Padre haya dejado de buscar justicia, santidad, obediencia y amor, sino porque encontró todas esas perfecciones reunidas para siempre en su Hijo y, por una gracia que sobrepasa todo entendimiento, nos hizo participantes de Él.



Capítulo cinco

DESCUBRIENDO AL HOMBRE DEL SALMO UNO

Hay pasajes de las Escrituras que, por su belleza y profundidad, han acompañado al pueblo de Dios durante generaciones. El Salmo 1 es, sin duda, uno de ellos. Desde niños muchos aprendimos sus primeras palabras y, aun sin memorizarlo completo, conservamos grabada en nuestra memoria la imagen de aquel árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, que da su fruto a su tiempo, permaneciendo siempre verde, siempre estable y siempre fructífero.

Durante siglos este salmo ha sido presentado como el retrato del creyente ideal. Se nos ha enseñado que allí encontramos el modelo de la vida espiritual que Dios espera de cada uno de sus hijos. En consecuencia, la lectura suele comenzar con una pregunta muy sencilla: “¿Estamos viviendo como el hombre del Salmo 1?”

Confieso que durante muchos años yo mismo leí el texto de esa manera. Cada vez que abría el salmo comenzaba, casi sin advertirlo, a compararme con aquella descripción. ¿He evitado siempre el consejo de los malos? ¿Nunca me he

detenido en camino de pecadores? ¿Jamás me he sentado en silla de escarnecedores? ¿Mi deleite está constantemente en la Ley del Señor? ¿Medito en ella de día y de noche? ¿Todo cuanto hago prospera delante de Dios?

La lectura terminaba produciendo el mismo efecto una y otra vez. Admiraba la belleza del texto, pero al mismo tiempo experimentaba una silenciosa sensación de insuficiencia. El salmo parecía levantar delante de mí un ideal tan elevado que, cuanto más lo contemplaba, más consciente era de la distancia que existía entre aquella descripción y mi propia realidad.

Con el tiempo comprendí que no era el único. Muchos creyentes sinceros experimentan exactamente la misma tensión. Aman profundamente al Señor, desean vivir para Él, procuran obedecer Su Palabra y, sin embargo, al leer el Salmo sienten que siempre queda algo pendiente. La conciencia vuelve a preguntar: “¿Hemos alcanzado realmente esa condición?”

Entonces, es lógico que surja una pregunta completamente diferente. ¿Qué ocurriría si el problema no estuviera en nuestra falta de esfuerzo, sino en el punto desde el cual comenzamos a leer el salmo? Después de todo lo que hemos considerado en el capítulo anterior, quizá esa pregunta ya no resulte tan extraña.

Si Jesús afirmó que las Escrituras dan testimonio de Él; si camino a Emaús mostró a sus discípulos lo que de Él

decían Moisés, los Profetas y los Salmos; si el Padre encontró en Cristo todo aquello que buscaba en el hombre; entonces, ¿no deberíamos preguntarnos primero si el protagonista de este salmo no es, precisamente, el Hombre perfecto?

No propongo esta posibilidad como un recurso devocional ni como una aplicación simbólica. La propongo porque creo que armoniza profundamente con la lógica del evangelio del Reino en el contexto del Nuevo Pacto.

Observemos cuidadosamente las primeras palabras del salmo. “Bienaventurado el varón...” David no comienza hablando de un grupo de personas. No habla de una comunidad ni de una nación. Tampoco describe diferentes niveles de crecimiento espiritual. Habla de un hombre. Toda la atención del salmo recae sobre una sola figura.

Y sin duda, ese hombre posee características extraordinarias. Nunca anduvo en consejo de malos, nunca permaneció en camino de pecadores, nunca se sentó en silla de escarnecedores, Su deleite estuvo completamente en la voluntad de Dios, Su vida permaneció ininterrumpidamente junto a las corrientes de agua, Su fruto apareció exactamente en el tiempo señalado, Su hoja jamás se marchitó, y todo cuanto hizo ha prosperado.

Detengámonos un momento. ¿Conocemos realmente a alguien que responda plenamente a esta descripción? Si somos honestos con el texto, tendremos que reconocer que no. Ni Abraham, ni Moisés, ni David, que escribió el salmo,

ni los profetas, ni Juan, ni Pablo, ni ningún creyente a lo largo de la historia. Todos ellos conocieron momentos de debilidad, de lucha, de tropiezo o de fracaso. Todos necesitaron la gracia de Dios. Todos fueron sostenidos por una misericordia que jamás merecieron.

Entonces surge una pregunta inevitable. Si el Espíritu Santo inspiró una descripción tan absoluta, ¿a quién estaba describiendo? Creo que aquí aparece una de las claves más hermosas de todo el libro de los Salmos. David escribió mucho mejor de lo que él mismo vivió.

Esta afirmación puede sorprendernos, pero basta recorrer su biografía para comprobarla. El mismo hombre que escribió: *“Nunca anduvo en consejo de malos”*, en cierto momento permitió que su corazón fuera seducido por sus propios deseos. El mismo que habló del hombre limpio y justo conoció el dolor de su propio pecado y derramó lágrimas de arrepentimiento delante de Dios.

¿Significa esto que David escribió un ideal imposible? No lo creo. Más bien pienso que, movido por el Espíritu Santo, estaba contemplando proféticamente a un Hombre cuya plenitud todavía no había aparecido en la historia. Porque siglos más tarde, cuando abrimos los evangelios, encontramos finalmente a alguien que encaja perfectamente en este retrato.

Solo Cristo pudo decir: *“Yo hago siempre lo que le agrada”* (Juan 8:29). Solo Él pudo desafiar a sus adversarios

preguntando: “¿*Quién de vosotros me redarguye de pecado?*” (**Juan 8:46**). Solo Él vivió una comunión ininterrumpida con el Padre. Solo Él jamás fue gobernado por el consejo de este mundo. Solo Él permaneció perfectamente unido a la fuente de la vida. Solo Él produjo fruto perfecto en el tiempo perfecto. Solo Él cumplió íntegramente la voluntad del Padre. Y solo Él pudo declarar, al final de su ministerio: “*He acabado la obra que me diste que hiciese*” (**Juan 17:4**).

De pronto, el salmo comienza a adquirir una profundidad que antes permanecía oculta. Ya no estamos simplemente delante de un ideal moral. Estamos contemplando, anticipadamente, el retrato del Hijo amado del Padre.

Y cuanto más observamos esa posibilidad, más comprendemos por qué el Espíritu Santo colocó precisamente este salmo al comienzo del Salterio. Antes de introducirnos en los cánticos, las luchas, las alegrías, los lamentos y las esperanzas del pueblo de Dios, nos presenta al único Hombre que jamás dejó de vivir plenamente para el Padre. No porque el resto de los hombres careciera de valor. Sino porque toda la historia de la redención estaba esperando la llegada de ese Hombre. El bienaventurado que nunca dejó de serlo

Hay un detalle en el que pocas veces nos detenemos al comenzar la lectura del **Salmo 1**. Generalmente nuestra atención se dirige inmediatamente a las acciones del hombre bienaventurado: no anda en consejo de malos, no se detiene

en camino de pecadores, no se sienta en silla de escarnecedores. Sin embargo, antes de describir cualquiera de esas características, el salmista pronuncia una declaración que condiciona todo lo que vendrá después: ***“Bienaventurado el varón...”***

No se trata simplemente de un deseo ni de una bendición pronunciada sobre alguien. La palabra utilizada por David expresa el estado de una persona plenamente aprobada, favorecida y gozosa delante de Dios. Es la descripción de alguien sobre quien descansa el deleite del Señor. Desde el primer versículo comprendemos que no estamos delante de un hombre que intenta alcanzar la bendición; estamos delante de un hombre que ya vive en ella.

Esta observación, aunque parezca sencilla, modifica profundamente la manera de acercarnos al texto. Durante mucho tiempo leí el salmo suponiendo que las acciones descritas en los versículos siguientes eran el camino para llegar a ser bienaventurado.

Primero debía evitar el consejo de los malos, después apartarme del camino de los pecadores, luego deleitarme continuamente en la Ley de Dios y, finalmente, alcanzaría la condición de un hombre bendecido para ser prosperado. Sin embargo, el orden del salmo parece sugerir exactamente lo contrario. David comienza describiendo a un hombre que ya posee esa condición y, precisamente porque vive en ella, su vida manifiesta determinadas características. Aun así, permanece una pregunta que no podemos evitar. ¿Existe

realmente un hombre cuya bienaventuranza nunca haya sido interrumpida?

Si recorremos las páginas del Antiguo Testamento con sinceridad, descubrimos que todos los grandes hombres de Dios conocieron momentos en los que la comunión fue afectada por el pecado, el temor o la incredulidad.

Abraham descendió a Egipto movido por el miedo. Moisés perdió el dominio de sí mismo delante de las aguas de Meriba. Elías, después de una de las mayores victorias de su ministerio, huyó desanimado al desierto. David lloró amargamente las consecuencias de sus propias decisiones. Ninguno de ellos dejó de ser objeto de la gracia de Dios, pero todos experimentaron la realidad de su fragilidad. Entonces, ¿de quién habla realmente el salmista?

Creo que la respuesta comienza a aparecer cuando llegamos a los evangelios y contemplamos la vida de Jesús. Hay algo que distingue al Hijo de Dios de todos los hombres que lo precedieron. Su comunión con el Padre jamás conoció una interrupción provocada por el pecado. Desde el comienzo hasta el final de su ministerio, su vida permaneció orientada hacia un único propósito: hacer la voluntad de Aquel que lo había enviado.

El propio Señor lo expresó con palabras de una sencillez extraordinaria: ***“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34).*** Aquello que para nosotros muchas veces representa

una lucha constante, para Cristo constituía el deleite mismo de su existencia. La voluntad del Padre no era una carga que debía soportar; era el alimento que sostenía toda su vida.

Esta afirmación comienza a iluminar de una manera nueva el segundo versículo del salmo: ***“Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche”***. Frecuentemente hemos entendido estas palabras como una exhortación a incrementar nuestras horas de lectura bíblica. Sin restar importancia al valor de meditar en las Escrituras, pienso que el texto está describiendo algo mucho más profundo. No habla simplemente de una disciplina espiritual, sino del gozo perfecto de un Hombre cuya voluntad jamás se separó de la voluntad del Padre.

Jesús mismo declaró: ***“No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”*** (Juan 5:30). Más adelante diría: ***“Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”*** (Juan 6:38). Y cuando la sombra de la cruz comenzó a extenderse sobre Getsemaní, aquellas palabras alcanzaron su máxima expresión: ***“No se haga mi voluntad, sino la tuya”*** (Lucas 22:42). Incluso dijo: ***“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad...”*** (Juan 18:37).

Al contemplar estos pasajes resulta difícil no pensar en el hombre del **Salmo 1**. No encontramos aquí a alguien que, ocasionalmente, busca agradar a Dios. Encontramos a un Hombre cuya existencia entera transcurre en el deleite de la

voluntad del Padre. Lo que el salmista había descrito siglos antes adquiere finalmente un rostro, una voz y una historia.

Esta perspectiva nos ayuda también a comprender que el centro del salmo no es, en primer lugar, la conducta moral del hombre, sino la profundidad de su comunión con Dios. Las acciones descritas en el primer versículo no son esfuerzos aislados por evitar el pecado. Son el resultado natural de una vida cuyo deleite se encuentra plenamente en el Padre.

Cristo no rechazó el consejo de los malos porque estuviera sometido a un rígido código de conducta; lo rechazó porque toda su alegría descansaba en la comunión con Aquel que lo había enviado. Quien encuentra satisfacción plena en el Padre pierde naturalmente el atractivo de todo aquello que pretende ocupar su lugar.

Sin duda, el evangelio dirige primero nuestra atención hacia un deleite superior. Cuando el corazón encuentra su descanso en Cristo, muchas de las seducciones que antes parecían irresistibles comienzan a perder su poder. No porque hayan desaparecido, sino porque han sido desplazadas por un gozo mayor.

Esto explica por qué Jesús nunca presentó la obediencia como un esfuerzo aislado de la comunión con el Padre. Toda su vida brotaba de esa comunión. La obediencia era el fruto visible de un amor invisible. La santidad era la expresión de una comunión perfecta. La pureza de sus manos

nacía de la pureza de su corazón. Nada en Él era artificial, porque nada en Él estaba separado de la vida del Padre.

Y es precisamente aquí donde el evangelio despliega una belleza que el Antiguo Testamento apenas puede insinuar. El propósito de Dios nunca fue mostrarnos este Hombre únicamente para que lo admiráramos desde la distancia. El Padre quiso unirnos a Él. El mismo Jesús que vivió en perfecta comunión con el Padre declaró a sus discípulos: ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros”*** (Juan 15:4). No los invitó simplemente a imitar su conducta; los llamó a participar de su propia vida.

Esta diferencia resulta decisiva para comprender el resto del salmo. Si leemos estas palabras comenzando por nosotros, inevitablemente nos preguntaremos cuánto nos falta para parecernos a ese hombre bienaventurado. Pero si comenzamos por Cristo, descubrimos que el Hombre perfecto ya apareció, que el Padre encuentra toda su complacencia en Él y que, por la gracia del Nuevo Pacto, hemos sido hechos participantes de su vida.

Entonces el **Salmo 1** deja de ser únicamente un ideal inalcanzable para convertirse en una maravillosa revelación del Hijo amado, en quien el Padre encontró todo cuanto siempre había buscado y en quien nosotros hemos sido aceptados.

Creo que, precisamente por eso, el resto del salmo adquirirá una profundidad inesperada. Porque el árbol

plantado junto a corrientes de aguas ya no será solamente una metáfora de estabilidad espiritual. Comenzaremos a descubrir que describe la vida inagotable del propio Cristo y, desde esa vida, la nuestra en Él. Y ese descubrimiento, si el Señor nos lo permite, abrirá una de las páginas más hermosas de todo este primer libro de la serie.



Capítulo seis

MUCHO MÁS QUE UN HOMBRE CORRECTO

Existe otro aspecto del **Salmo 1** que merece ser considerado con detenimiento. Con frecuencia hemos reducido el retrato del hombre bienaventurado a la idea de una persona que simplemente evita el pecado. Sin embargo, cuanto más observamos el texto, más evidente resulta que David está describiendo algo infinitamente más profundo que una conducta moralmente aceptable.

El salmista no dice únicamente que este hombre rechazó determinadas prácticas; describe una orientación completa de su vida. Su corazón posee un centro, un deleite y una fuente que determinan todo lo demás. La ausencia de pecado no constituye la esencia de su existencia; es apenas la consecuencia visible de una comunión perfecta con Dios.

Este principio aparece una y otra vez a lo largo de toda la revelación bíblica. El Señor nunca estuvo interesado únicamente en modificar el comportamiento del hombre. Desde el principio buscó su corazón. Por eso, cuando Samuel fue enviado a ungir al futuro rey de Israel, Dios le recordó una verdad que atraviesa toda la Escritura: *“El hombre mira*

lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7).

La diferencia es enorme. El hombre suele evaluar la conducta visible; Dios contempla aquello que la produce. Nosotros observamos el fruto; Él examina la raíz. Esta realidad explica por qué la Ley, siendo santa, justa y buena, jamás pudo producir el hombre que el Padre deseaba. Era capaz de señalar el camino correcto, pero no podía transformar el corazón desde donde nacen todas las decisiones.

Jeremías expresó este problema con palabras profundamente realistas cuando escribió: ***“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”*** (Jeremías 17:9). El profeta no estaba invitando al pesimismo, sino describiendo la verdadera condición del hombre después de la caída. El problema no consistía simplemente en que las personas tomaban malas decisiones; el problema era que la fuente desde la cual brotaban esas decisiones necesitaba ser renovada.

Por eso resulta tan significativo que, al anunciar el Nuevo Pacto, el mismo profeta Jeremías no hablara únicamente de nuevos mandamientos, sino de un nuevo corazón. Dios declara: ***“Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón”*** (Jeremías 31:33). De manera semejante, Ezequiel anuncia: ***“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros... y pondré dentro de vosotros mi Espíritu”*** (Ezequiel 36:26 y 27).

Durante mucho tiempo pensé que estas promesas describían simplemente una mayor capacidad para obedecer. Hoy creo que anuncian algo todavía más extraordinario. Dios no prometía únicamente mejorar al hombre antiguo; prometía introducir una vida completamente nueva. El Nuevo Pacto no consistiría en perfeccionar el viejo corazón de Adán, sino en comunicar la vida del postrer Adán, Jesucristo.

Esta verdad ilumina nuevamente el **Salmo 1**. El hombre bienaventurado no aparece como alguien que lucha permanentemente contra deseos contradictorios para intentar mantenerse dentro de los límites establecidos por Dios. Su deleite ya ha encontrado el lugar correcto. Su corazón descansa donde siempre debió descansar. Por eso sus decisiones fluyen naturalmente hacia la voluntad del Padre.

¿No es exactamente esto lo que contemplamos en la vida del Señor Jesús? Cuando los evangelios nos muestran a Cristo rechazando las tentaciones del desierto, muchas veces ponemos toda nuestra atención en las respuestas que dio al enemigo. Sin embargo, el aspecto más extraordinario de aquel episodio no radica únicamente en sus palabras, sino en la imposibilidad de apartar su corazón del Padre.

Satanás podía ofrecerle los reinos del mundo, el reconocimiento inmediato o la satisfacción de las necesidades más legítimas, pero ninguna de esas propuestas encontraba un punto de apoyo en el interior de Cristo. Su corazón ya estaba completamente lleno del Padre.

Aquí aparece una diferencia fundamental entre la experiencia de Jesús y la nuestra. Nosotros solemos experimentar la tentación como una lucha interior porque todavía conocemos las debilidades de nuestra carne. En Cristo, en cambio, contemplamos al Hombre cuya comunión con el Padre era tan plena que ninguna oferta podía competir con el gozo de hacer Su voluntad.

Esto no disminuye la realidad de sus tentaciones. Hebreos afirma claramente que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (**Hebreos 4:15**). Lo que revela es que la victoria de Cristo no fue el resultado de una disciplina extraordinaria, sino la manifestación de una vida perfectamente unida al Padre, y de un corazón puro que no contenía malos deseos.

Al llegar a este punto comenzamos a comprender que el **Salmo 1** no está describiendo simplemente un comportamiento impecable. Está revelando una vida cuya fuente jamás dejó de ser Dios mismo. La ausencia de pecado es el fruto visible de una comunión ininterrumpida. La estabilidad del árbol nace de la profundidad de sus raíces. El fruto aparece porque la vida permanece continuamente alimentada por las corrientes de agua.

Quizá aquí encontremos una de las enseñanzas más necesarias para la Iglesia de nuestro tiempo. Con demasiada frecuencia intentamos producir frutos sin prestar suficiente atención a la vida que debe alimentarlos. Nos preocupamos por mejorar la conducta, mientras descuidamos la comunión.

Procuramos fortalecer las ramas cuando el verdadero problema se encuentra en las raíces.

Jesús utilizó precisamente esta imagen la noche anterior a su crucifixión. No pidió a sus discípulos que se esforzaran por fabricar fruto. Les habló de una vid y de unos pámpanos. ***“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5).***

Resulta imposible leer estas palabras sin recordar el árbol plantado junto a corrientes de aguas del Salmo 1. En ambos casos la atención no se dirige primero al fruto, sino a la fuente de la vida. El árbol permanece verde porque sus raíces nunca dejan de recibir agua. El pámpano produce fruto porque permanece unido a la vid. En ninguno de los dos casos el secreto está en el esfuerzo del fruto, sino en la permanencia de la vida.

Y aquí, casi sin advertirlo, el salmo comienza a abrirse delante de nosotros con una profundidad extraordinaria. El árbol plantado junto a corrientes de aguas ya no representa únicamente al creyente que ha desarrollado una buena disciplina espiritual. Antes que nada, revela al Hombre perfecto cuya vida permaneció continuamente alimentada por la comunión con el Padre. Solo después, porque hemos sido unidos a Él, esa misma vida comienza a manifestarse también en nosotros.

Creo que esta es una de las mayores bellezas del evangelio. El Padre no nos señala desde lejos un árbol para decirnos: “Intenten parecerse a él”. Nos injerta en la vida de Aquel que nunca dejó de estar junto a las corrientes de agua. Por eso el Nuevo Testamento insiste tanto en que nuestra esperanza no descansa en la capacidad del hombre para producir vida, sino en la vida de Cristo produciendo fruto en el hombre.

Mientras escribía estas páginas no podía dejar de pensar en las palabras de Pablo a los colosenses: ***“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”*** (Colosenses 1:27). Observemos cuidadosamente que el apóstol no dice: “Vosotros intenten copiar la conducta de Cristo”. Dice algo infinitamente más profundo: ***“Cristo en vosotros...”*** Allí comienza toda verdadera transformación, porque allí comienza toda verdadera vida.

Cuando David escribe: ***“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas”***, no está utilizando una figura poética elegida al azar. En el mundo bíblico, un árbol no era admirado simplemente por su tamaño o por la belleza de su follaje. Su verdadero valor residía en aquello que no podía verse.

La fortaleza de un árbol nunca comienza en las ramas; comienza debajo de la tierra. Allí, donde los ojos del hombre no alcanzan a mirar, las raíces buscan incesantemente la fuente que sostiene toda la vida.

Quizá por eso el profeta Jeremías retoma casi la misma imagen siglos después. Sus palabras parecen dialogar directamente con el **Salmo 1**:

“Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces; y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto...”

Jeremías 17:7 y 8

Generalmente prestamos atención al calor o a la sequía, pero Jeremías dirige nuestra mirada hacia otro lugar. El árbol no permanece verde porque nunca llegue el verano. Tampoco porque las circunstancias siempre le resulten favorables. Continúa dando fruto precisamente cuando el calor arrecia y la sequía se extiende sobre la tierra. Lo extraordinario no está en la ausencia de dificultades, sino en la profundidad de las raíces.

Esta observación nos permite comprender algo muy importante acerca de la vida del Señor Jesús. Con frecuencia imaginamos que su comunión con el Padre fue sencilla porque, al ser el Hijo de Dios, atravesó la existencia humana sin experimentar verdaderas presiones.

Sin embargo, los evangelios presentan una realidad completamente distinta. Cristo conoció el cansancio, el rechazo, la traición, la incomprensión, la pobreza, la

oposición permanente de las autoridades religiosas, el abandono de muchos discípulos y, finalmente, la agonía de la cruz. Nada en su vida estuvo exento del calor abrasador que produce un mundo separado de Dios, y sin embargo, jamás dejó de manifestar la vida del Padre.

Allí reside la verdadera belleza del árbol del **Salmo 1**. Su fortaleza no consiste en haber sido protegido de las tormentas, sino en permanecer unido a una fuente que las tormentas no podían alcanzar.

Esta perspectiva cambia profundamente la manera de comprender la santidad de Cristo. Muchas veces pensamos en ella únicamente como la ausencia de pecado. Sin embargo, la santidad del Señor también se manifestó en la perfecta continuidad de su comunión con el Padre.

Nada logró secar la fuente desde la cual brotaba su vida. Ni el aplauso de las multitudes alteró su dependencia, ni el rechazo de los hombres debilitó su confianza. Cuando todos querían hacerlo rey, se retiró a orar. Cuando todos lo abandonaron, continuó descansando en la voluntad del Padre. Su estabilidad nunca dependió de las circunstancias, porque sus raíces nunca estuvieron apoyadas sobre ellas.

Al contemplar esta realidad resulta inevitable recordar las palabras del propio Jesús registradas por Juan: ***“Como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:26)***. Esta declaración posee una profundidad difícil de agotar. Cristo no vivía

alimentándose de los recursos cambiantes de este mundo. Toda su existencia brotaba de la vida misma del Padre. Esa era la corriente inagotable que sostenía cada una de sus palabras, de sus decisiones y de sus obras.

Entonces el árbol del **Salmo 1** comienza a adquirir un significado que difícilmente podríamos descubrir si lo leyéramos únicamente como una descripción moral del creyente. Antes de invitarnos a producir fruto, el Espíritu Santo dirige nuestra mirada hacia el único Hombre cuya vida permaneció siempre unida a la fuente eterna. El árbol no representa simplemente la firmeza de un hombre disciplinado; representa la vida del Hijo viviendo continuamente del Padre.

No deja de sorprenderme la semejanza entre ambas imágenes. En el **Salmo 1** encontramos un árbol cuyas raíces permanecen junto a corrientes de aguas. En **Juan 15** encontramos una rama cuya única posibilidad de dar fruto consiste en permanecer unida a la vid. En ambos casos el énfasis no descansa sobre el esfuerzo del fruto, sino sobre la continuidad de la vida.

Creo que aquí aparece una de las diferencias más profundas entre la espiritualidad del Nuevo Pacto y la lógica con la que muchas veces hemos intentado vivir la vida cristiana. Con frecuencia nos hemos preocupado por producir aquello que solo puede nacer de una comunión viva con Cristo. Nos hemos concentrado en el fruto cuando el Señor

insiste en las raíces; hemos intentado perfeccionar las ramas mientras descuidábamos la fuente de donde proviene la vida.

Jesús sabía que donde la vida permanece, el fruto termina apareciendo. Puede hacerlo lentamente o con rapidez; puede atravesar estaciones diferentes; pero finalmente aparece, porque el fruto nunca constituye el origen de la vida, sino su manifestación.

Cuánto descanso produce comprender esta verdad. El evangelio deja de presentarse como una agotadora carrera para fabricar virtudes y comienza a revelarse como una invitación permanente a vivir unidos a Aquel en quien reside toda la plenitud de la vida de Dios. Entonces la santidad deja de ser el resultado de una tensión constante y comienza a convertirse en el fruto natural de una comunión que se profundiza día tras día.

No estoy sugiriendo con esto que el creyente permanezca pasivo o indiferente. Permanecer en Cristo implica una respuesta consciente de fe, dependencia y obediencia. Sin embargo, incluso esa respuesta nace de una comunión y no de un intento desesperado por construir una espiritualidad independiente del Señor. La diferencia es inmensa. En un caso el hombre procura sostener la vida; en el otro, la vida sostiene al hombre.

Y quizá esta sea la razón por la cual el árbol del Salmo 1 continúa siendo una de las imágenes más esperanzadoras de toda la Escritura. David no nos muestra un árbol que lucha

desesperadamente por mantenerse verde. Nos presenta un árbol que permanece junto a las corrientes de agua. Todo lo demás es consecuencia de esa realidad invisible.

Al llegar hasta aquí, comenzamos a comprender que el Espíritu Santo no estaba invitándonos, en primer lugar, a admirar un árbol, sino a contemplar a Cristo. Él es el Hombre que jamás conoció la sequía espiritual porque jamás dejó de vivir en perfecta comunión con el Padre.

Y precisamente porque nosotros hemos sido injertados en Él, la promesa del Nuevo Pacto deja de consistir en aprender a sobrevivir en medio del desierto y pasa a ser infinitamente más gloriosa: participar de la misma vida que nunca dejó de fluir en el Hijo.

Quizá sea esta la razón por la que el evangelio no dirige continuamente nuestra atención hacia nuestras propias reservas espirituales. Una y otra vez nos invita a volver la mirada hacia Cristo. El árbol permanece verde mientras sus raíces descansan en la corriente.

Del mismo modo, la Iglesia permanece viva mientras su fuente continúe siendo el Señor. Todo lo demás, por importante que parezca, pertenece al ámbito de las ramas. La vida, en cambio, siempre comienza en la raíz, y nuestra raíz, ahora y para siempre, tiene un nombre: “Jesucristo”.



Capítulo siete

CUANDO EL FRUTO PROVIENE DE LA VIDA

Hay algo profundamente sencillo en la manera en que Dios diseñó la creación. Cuando observamos un árbol cargado de frutos, ninguno de nosotros piensa inmediatamente en el esfuerzo que el árbol realizó para producirlos.

Jamás imaginamos al tronco luchando para que aparezcan las hojas o a las ramas haciendo un esfuerzo desesperado para sostener el peso de los frutos. Todo sucede con una naturalidad admirable. El fruto aparece porque la vida está presente. Es la consecuencia silenciosa de una realidad mucho más profunda que permanece oculta bajo la superficie.

Quizá precisamente por esa razón el Señor recurrió tantas veces a las imágenes de la naturaleza para explicar las verdades del Reino. La creación posee una capacidad extraordinaria para enseñarnos aquello que el corazón religioso suele complicar. Mientras la religión insiste en el esfuerzo, la creación habla permanentemente de la vida. Allí

donde nosotros solemos concentrarnos en los resultados, Dios dirige nuestra mirada hacia la fuente que los produce.

El árbol del **Salmo 1** participa de esta misma lógica. David no escribe que aquel hombre debía esforzarse para producir fruto, sino que, por estar plantado junto a corrientes de aguas, *“da su fruto en su tiempo...”* La expresión resulta profundamente significativa. El fruto aparece cuando llega el tiempo señalado. No antes, pero tampoco después. Existe un ritmo que el árbol no necesita controlar porque pertenece al diseño mismo de la vida que lo sostiene.

Cuánto contrasta esto con la ansiedad espiritual que tantas veces caracteriza nuestra experiencia. Vivimos preocupados por medir nuestro crecimiento, comparar nuestros resultados o acelerar procesos que solo el Espíritu Santo puede llevar a cabo.

Nos impacienta no ver cambios inmediatos y, casi sin advertirlo, terminamos evaluando nuestra relación con Dios mediante parámetros que Él nunca estableció. Queremos frutos fuera de estación, respuestas instantáneas y transformaciones que ignoran los tiempos de Dios.

Sin embargo, cuando contemplamos la vida del Señor Jesús encontramos una serenidad completamente distinta. Nada en Él transmite ansiedad. Nunca aparece apresurado por demostrar quién es. Nunca intenta producir un impacto para convencer a los hombres. Todo en su ministerio posee el ritmo del Padre.

Cuando llega la hora de comenzar a predicar, comienza. Cuando llega la hora de callar, calla. Cuando llega la hora de subir a Jerusalén, sube. Y cuando todavía no ha llegado su hora, ninguna presión humana logra adelantarla.

El evangelio de Juan repite esta expresión en varias oportunidades: ***“Mi hora aún no ha llegado...”*** Cada vez que la leemos descubrimos a un Hombre cuya vida no estaba gobernada por las expectativas de los hombres, sino por el tiempo del Padre. Cristo nunca produjo fruto fuera de la estación determinada por Dios porque toda su existencia permanecía en perfecta armonía con la voluntad de Aquel que lo había enviado.

Tal vez aquí encontremos una enseñanza de enorme valor para la vida cristiana. El fruto del Espíritu no nace de la prisa, sino de la permanencia. La madurez no puede fabricarse. El carácter de Cristo no aparece como resultado de una presión externa, sino como la manifestación progresiva de una vida interior que crece conforme al obrar de Dios.

El apóstol Pablo comprendió profundamente esta realidad cuando escribió a los gálatas acerca del fruto del Espíritu. Resulta interesante observar que no habla de “los frutos del Espíritu”, como si se tratara de virtudes independientes que el creyente debe desarrollar por separado. Habla del fruto del Espíritu, en singular: ***“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza...”*** (Gálatas 5:22 y 23).

Creo que este detalle no es accidental. Pablo parece describir un único fruto con múltiples manifestaciones, del mismo modo que un mismo rayo de luz puede desplegar todos los colores del espectro cuando atraviesa un prisma. La fuente es una sola. La vida es una sola. El Espíritu produce una sola realidad cuya riqueza se expresa de muchas maneras.

Y aquí la conexión con el tema central de este libro comienza a hacerse evidente. Si Cristo es la manifestación perfecta del amor, de la paz, de la paciencia, de la bondad y de toda virtud aprobada por el Padre, entonces el fruto del Espíritu no consiste, en última instancia, en la producción independiente de determinadas cualidades morales, sino en la manifestación creciente de la vida de Cristo en nosotros.

Esta perspectiva armoniza maravillosamente con las palabras de Pablo a los filipenses: ***“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13)***. Observemos el alcance de esta afirmación. El apóstol no dice únicamente que Dios fortalece nuestro esfuerzo. Afirma que Él mismo produce el querer y el hacer. Es decir, el origen de la verdadera obediencia ya no se encuentra en la autosuficiencia del hombre, sino en la obra interior de Dios.

Cuántas veces hemos invertido este orden. Hemos imaginado que primero debíamos producir suficiente obediencia para que Dios obrara en nosotros, cuando el evangelio declara exactamente lo contrario. Es porque Dios

obra en nosotros que comenzamos a querer aquello que antes no deseábamos y a caminar por sendas que antes nos resultaban imposibles.

Entonces comprendemos que el árbol del **Salmo 1** no representa al hombre esforzándose por fabricar frutos espirituales, sino al Hombre perfecto cuya vida produce, de manera natural y continua, todo aquello que agrada al Padre. Y debido a que nosotros permanecemos en Él, esa misma vida comienza también a expresarse en nosotros.

Esta verdad cambia profundamente la manera de entender la santificación. Durante mucho tiempo la concebimos como un proceso en el que el viejo hombre aprendía lentamente a comportarse mejor. Sin embargo, el Nuevo Testamento presenta un panorama muy diferente. La santificación consiste en que la vida de Cristo va ocupando cada vez más espacio en nuestra experiencia cotidiana. No es el perfeccionamiento de Adán; es la manifestación creciente del postrer Adán. Quizá por eso Pablo utiliza una expresión tan sencilla como profunda cuando escribe a los corintios:

“Nosotros todos... somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor...”

2 Corintios 3:18

La transformación no consiste en inventar una imagen nueva, sino en ser conformados a una imagen que ya existe: la del Hijo. El Espíritu Santo no trabaja para convertirnos en

una versión mejorada de nosotros mismos; trabaja para revelar cada vez con mayor claridad la vida de Cristo en nosotros.

Al volver entonces al **Salmo 1**, el fruto adquiere una belleza completamente nueva. Ya no representa la recompensa de un esfuerzo heroico, sino la evidencia silenciosa de una vida que permanece unida a su fuente.

El árbol no necesita anunciar que está vivo. El fruto termina hablándolo por él. Del mismo modo, la Iglesia no está llamada a demostrar continuamente su espiritualidad. Cuando Cristo ocupa el centro de su vida, el fruto aparece con la misma naturalidad con que la primavera despierta los árboles después del invierno.

Y quizá aquí descubrimos una de las mayores libertades que el evangelio ofrece al corazón del creyente. Ya no vivimos obsesionados con producir aquello que solo Dios puede dar. Nuestra mayor preocupación deja de ser fabricar fruto y pasa a ser permanecer en Aquel que es la Vida.

Todo lo demás encuentra su tiempo, porque cuando la raíz permanece en Cristo, el fruto siempre termina llegando. No como una conquista del hombre, sino como el testimonio silencioso de que la vida del Hombre perfecto continúa obrando en aquellos que ahora viven en Él.

Ahora bien, las últimas palabras del versículo parecen coronar toda la descripción que David viene desarrollando.

Después de hablar del árbol plantado junto a corrientes de aguas, de su fruto y de sus hojas siempre verdes, concluye diciendo: ***“Y todo lo que hace, prosperará”***.

Confieso que durante muchos años este pasaje despertó en mí más preguntas que respuestas. Si la prosperidad consistía en que todo cuanto un hombre emprendiera terminara exitosamente, entonces la experiencia parecía contradecir el propio texto.

Yo he conocido a hombres profundamente piadosos que atravesaron enfermedades, pérdidas económicas y grandes dificultades, incluso conozco casos en quienes por causa de algunas persecuciones sufrieron encierro y martirio. También conocí personas alejadas de Dios que parecían alcanzar todos los objetivos que se proponían. La realidad no encaja fácilmente con una interpretación superficial del versículo.

Poco a poco comprendí que quizá el problema no estaba en el salmo, sino en la idea de prosperidad que habíamos proyectado sobre él. Con demasiada frecuencia interpretamos la prosperidad desde parámetros visibles, inmediatos y, sobre todo, humanos. Medimos el éxito por aquello que puede contarse, exhibirse o compararse. Sin embargo, las Escrituras presentan una perspectiva mucho más profunda.

Cuando llegamos a los evangelios encontramos a Jesús, el único Hombre que vivió en perfecta obediencia al

Padre. Tal como estamos observando, si alguien podía ser descrito con las palabras del **Salmo 1**, era precisamente Él. Pero observemos cuidadosamente su vida. Nació en un pesebre, creció en una familia sencilla, no tuvo dónde recostar su cabeza, fue rechazado por muchos de los suyos, traicionado por uno de sus discípulos, abandonado por casi todos en el momento decisivo y finalmente murió clavado en una cruz.

Si midiéramos la prosperidad únicamente mediante criterios humanos, tendríamos que concluir que el Hombre perfecto fracasó. Sin embargo, esa conclusión sería exactamente la contraria a la que presenta el Nuevo Testamento. Porque el Padre nunca dejó de aprobar cada paso de la vida de su Hijo.

Desde el Jordán se escuchó la voz del cielo diciendo: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”*** (Mateo 3:17). Aquellas palabras no fueron pronunciadas al final de su ministerio, cuando ya había realizado milagros o enseñado a las multitudes. Fueron pronunciadas al comienzo. Antes de que los hombres evaluaran sus resultados, el Padre ya había declarado públicamente su complacencia en Él.

Esa aprobación divina acompañó toda la vida del Señor. Incluso cuando la cruz parecía representar el triunfo absoluto del fracaso, el propósito eterno de Dios estaba alcanzando su punto culminante. Lo que los hombres contemplaban como derrota era, en realidad, la victoria más grande de la historia.

Entonces comenzamos a comprender que la prosperidad del **Salmo 1** no puede reducirse al éxito circunstancial. La verdadera prosperidad consiste en que la voluntad de Dios alcance plenamente su propósito. Desde esa perspectiva, nadie ha prosperado más que Cristo. Todo cuanto el Padre le encomendó fue cumplido perfectamente. Ninguna palabra quedó sin realizarse. Ningún propósito eterno quedó inconcluso. Quizá por eso Jesús pudo elevar aquella oración registrada por Juan diciendo:

“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”

Juan 17:4

Me conmueve profundamente esta declaración. Cristo no dice simplemente que trabajó mucho o que hizo todo lo que estuvo a su alcance. Afirmo que concluyó la obra que el Padre había preparado para Él. Allí encontramos la verdadera medida del éxito delante de Dios. No consiste en hacer muchas cosas, sino en cumplir aquello que el Padre había determinado.

Esta verdad resulta profundamente liberadora para la Iglesia. Vivimos en una época que mide constantemente los resultados. Se cuentan asistentes, recursos, edificios, influencia, publicaciones y toda clase de indicadores visibles. Sin embargo, el cielo continúa haciendo una pregunta diferente: ¿se cumplió la voluntad del Padre? No siempre ambas respuestas coinciden.

Hubo profetas que predicaron durante años sin contemplar grandes conversiones y, sin embargo, fueron plenamente fieles al llamado recibido. Hubo hombres que transformaron generaciones enteras sin dejar grandes estructuras visibles. También hubo quienes alcanzaron enorme reconocimiento mientras se alejaban silenciosamente del propósito de Dios.

La prosperidad bíblica nunca puede separarse de la voluntad del Padre. Y precisamente aquí el **Salmo 1** vuelve a dirigir nuestra mirada hacia Cristo. Él es el Hombre cuya vida jamás se apartó del propósito eterno de Dios. Todo cuanto hizo prosperó porque todo cuanto hizo nació del Padre, permaneció en el Padre y regresó al Padre. Nunca actuó impulsado por la ambición, el reconocimiento o la búsqueda de prestigio. Su alimento era hacer la voluntad del que lo había enviado, y esa voluntad fue perfectamente cumplida.

Pero el evangelio vuelve a sorprendernos una vez más. El propósito del Padre no consistía únicamente en mostrarnos esa prosperidad perfecta para que la admiráramos desde lejos. Su propósito era hacernos partícipes de ella.

Cuando Pablo escribe a los efesios afirma que hemos sido ***“creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*** (Efesios 2:10). Observemos cuidadosamente la profundidad de estas palabras. El creyente ya no vive inventando su propio camino; descubre que existe una obra preparada por Dios en la cual ha sido llamado a caminar. La

verdadera prosperidad consiste precisamente en recorrer ese camino.

Entonces el último versículo del retrato comienza a adquirir una belleza extraordinaria. El Hombre perfecto prosperó absolutamente en todo porque vivió plenamente unido al propósito eterno del Padre. Y nosotros, al permanecer en Él, dejamos de perseguir nuestro propio éxito para participar de su obediencia, de Su misión y de Su vida.

Tal vez aquí se encuentre una de las diferencias más profundas entre la mentalidad del Reino y la mentalidad de este siglo. El mundo pregunta constantemente: “¿Qué puedo lograr?”. Cristo pregunta: “¿Qué desea el Padre hacer?”. El mundo busca construir una historia alrededor del hombre. El Hijo vivió para revelar la gloria del Padre. Y esa misma transformación comienza a producirse en nosotros cuando dejamos de vivir para nuestros propios proyectos y aprendemos a descansar en la obra que Dios preparó desde antes de la fundación del mundo.

Amados hermanos, el Padre no solamente nos invita a admirar a Jesucristo, sino que nos une a Él. De manera que todo cuanto contemplamos en las Escrituras dejan de ser demandas inalcanzables y comienza a convertirse en una revelación de nuestra nueva posición en Cristo. Entonces, dejamos de leer desde la angustia de quienes intentan alcanzar ideales personales, sino desde el descanso del quienes han sido incorporados, por pura gracia, al Hombre perfecto en quien el Padre encontró toda su complacencia.

Entonces, también descubrimos que el evangelio no disminuye las exigencias de Dios; las magnifica. Pero, al mismo tiempo, descubrimos que esas exigencias fueron plenamente satisfechas por Cristo. Y precisamente porque fueron satisfechas en Él, nosotros podemos vivir delante del Padre no apoyados en la fragilidad de nuestra propia justicia, sino revestidos de la perfección de Aquel que es, ahora y para siempre, el Hombre perfecto.



Capítulo ocho

¿QUIÉN HABITARÁ EN TU TABERNÁCULO?

Hay preguntas que no fueron formuladas únicamente para obtener una respuesta. Algunas preguntas poseen la capacidad de desnudar el corazón del hombre. No porque Dios ignore la respuesta, sino porque nosotros necesitamos descubrir aquello que, muchas veces, permanece oculto detrás de nuestras propias seguridades.

El **Salmo 15** comienza precisamente con una de esas preguntas. “*Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?*” A primera vista podría parecer una inquietud propia de un peregrino que se acerca al santuario. Sin embargo, basta detenerse unos instantes para comprender que la pregunta es mucho más profunda. David no está preguntando quién puede visitar ocasionalmente la presencia de Dios. Utiliza dos verbos que hablan de permanencia. Habitar. Morar.

No se trata de entrar y salir. Se trata de permanecer. Esta diferencia es importante porque toda la historia bíblica muestra que acercarse a la presencia de Dios nunca fue un asunto trivial. Desde el momento en que el pecado entró en

el mundo, el acceso a la comunión con el Creador quedó profundamente afectado. El hombre que había sido formado para caminar con Dios terminó escondiéndose de Él entre los árboles del huerto. Aquel que había sido creado para vivir en su presencia comenzó a experimentar temor delante de ella.

Desde entonces, toda la historia de la redención puede leerse como el relato de un Dios que busca nuevamente al hombre y de un hombre que, por sí mismo, resulta incapaz de permanecer delante de un Dios absolutamente santo.

El tabernáculo levantado en el desierto expresaba de una manera visible esa realidad. Dios había decidido habitar en medio de Su pueblo, pero Su presencia permanecía resguardada detrás de un velo. El Lugar Santísimo no era un espacio al que cualquiera pudiera entrar libremente. Incluso el sumo sacerdote solo podía acceder una vez al año y bajo condiciones cuidadosamente establecidas por Dios. El mensaje resultaba evidente. La santidad divina no podía ser tratada con ligereza.

Por eso la pregunta del salmista adquiere una profundidad extraordinaria. ¿Quién puede vivir permanentemente donde Dios habita? ¿Quién posee una vida tan limpia, un corazón tan íntegro y una comunión tan perfecta que pueda permanecer delante del Señor sin apartarse jamás de Él? David responde inmediatamente: ***“El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón”***.

A medida que avanzamos por el salmo, la descripción continúa creciendo. *“El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino...”* *“Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová...”* *“El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia...”* *“Quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió cohecho”*. Finalmente concluye con una afirmación que parece resumir todo el pasaje: *“El que hace estas cosas no resbalará jamás”*.

Mientras leía nuevamente este salmo, me hice una pregunta que cambió completamente mi manera de comprenderlo. ¿Conoció David realmente a un hombre así? No pregunto si conoció hombres piadosos. Sin duda los conoció. Tampoco pregunto si existieron personas sinceramente comprometidas con Dios. La historia bíblica está llena de ellas. La pregunta es otra.

¿Existió alguna vez un hombre cuya integridad nunca conociera una fisura? ¿Alguien que jamás pronunciara una palabra engañosa? ¿Alguien cuya justicia fuera absolutamente perfecta? ¿Alguien cuya fidelidad permaneciera intacta durante toda su vida? Si recorremos cuidadosamente las Escrituras, descubrimos que incluso los hombres más admirables terminaron revelando, tarde o temprano, las limitaciones de su propia condición.

Abraham creyó las promesas de Dios, pero también conoció momentos en los que el temor gobernó sus

decisiones. Moisés habló cara a cara con el Señor como habla un amigo con otro amigo y, sin embargo, hubo un día en que golpeó la roca impulsado por la ira. David escribió algunos de los salmos más profundos jamás compuestos y, aun así, necesitó clamar: ***“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio...”*** Isaías contempló la gloria del Señor y lo primero que brotó de sus labios fue una confesión: ***“¡Ay de mí, que soy muerto!”***

Resulta llamativo que cuanto más cerca estuvieron de Dios, más conscientes fueron de su propia insuficiencia. Esto debería hacernos pensar. Si los hombres más piadosos del Antiguo Testamento no pudieron presentarse delante del Señor apoyados en su propia justicia, ¿qué estaba describiendo realmente David? Bueno, creo que a esta altura de mies escritos, ya cualquiera se anima a opinar que David estaba describiendo al Hombre perfecto.

No estaba dibujando el retrato del hombre religioso ideal. Estaba preparando silenciosamente el retrato del Hombre que todavía debía venir. Porque cuando finalmente abrimos los evangelios encontramos, una vez más, una vida que parece llenar cada espacio que el salmo había dejado esperando. Solo Cristo pudo decir con absoluta verdad que siempre hizo lo correcto.

Esta observación posee una importancia enorme, porque modifica completamente el punto desde el cual seguiremos leyendo el resto del pasaje. Ya no contemplaremos simplemente una lista de virtudes que el

hombre debe producir para ganar el derecho de permanecer delante de Dios. Comenzaremos contemplando al único Hombre que verdaderamente habitó en la presencia del Padre y que, por medio de su muerte y resurrección, abrió el camino para que nosotros también pudiéramos entrar con plena confianza.

Porque el evangelio nunca consiste en mostrar un camino que nadie puede recorrer. El evangelio consiste en anunciar que ese camino ya fue recorrido por Otro, y ese Otro nos tomó de la mano para introducirnos, junto con Él, en la presencia del Padre.

Analicemos un poquito las expresiones del rey David al describir las características de aquel Hombre que puede habitar en la presencia de Dios. La primera afirmación parece resumir todas las demás: ***“El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón...”*** Resulta interesante observar que el salmista no comienza hablando de actos religiosos, sacrificios o ceremonias, sino del ser mismo del hombre.

La integridad no describe un comportamiento ocasional, sino una vida completa. La palabra utilizada comunica la idea de totalidad, de algo íntegro, sin doblez, sin fracturas internas. No está pensando simplemente en alguien que realiza buenas obras, sino en una persona cuya totalidad resulta agradable delante de Dios.

Aquí aparece nuevamente una pregunta que merece ser formulada con toda honestidad. ¿Existe realmente un hombre cuya integridad haya permanecido intacta durante toda su existencia? Si somos sinceros con nosotros mismos, debemos reconocer que la respuesta no puede encontrarse en la experiencia humana.

Aun los creyentes más maduros conocen la lucha interior que describe el apóstol Pablo cuando afirma que no siempre hace el bien que desea, sino que muchas veces experimenta el conflicto entre la nueva vida recibida y la debilidad de la carne. No estamos hablando necesariamente de una vida entregada al pecado, sino de una realidad mucho más profunda: todos descubrimos, tarde o temprano, que nuestra obediencia nunca alcanza la perfección absoluta.

Sin embargo, precisamente allí comienza a brillar el evangelio. Porque aquello que resulta imposible encontrar en la historia de la humanidad aparece finalmente concentrado en una sola Persona. Los evangelios presentan a Jesús no simplemente como un hombre bueno entre otros hombres buenos, sino como el único cuya vida jamás conoció una contradicción entre lo que era delante del Padre y lo que manifestaba delante de los hombres. Nunca existió en Él una distancia entre el corazón y las palabras, entre las palabras y las obras, entre las obras y la voluntad de Dios. Todo en Cristo formaba una perfecta unidad.

Quizá por eso Jesús pudo desafiar a quienes lo acusaban con una pregunta que ningún otro hombre habría

podido formular: “*¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?*” (Juan 8:46). No se trataba de una expresión arrogante, sino de la tranquila seguridad de quien conocía una comunión perfecta con el Padre. Ningún profeta, ningún rey y ningún apóstol habló jamás de esa manera.

Pablo llegó a llamarse a sí mismo el primero de los pecadores. Cristo, en cambio, jamás necesitó pedir perdón por un solo pensamiento, una sola palabra o una sola acción. Su integridad no consistía únicamente en evitar determinadas faltas; consistía en la perfecta armonía de toda su vida con el corazón del Padre.

El salmista añade inmediatamente una segunda característica: “*Hace justicia*”. También aquí la lectura habitual suele conducirnos rápidamente hacia nuestras responsabilidades, pero vale la pena detenernos un momento antes de hacerlo. En las Escrituras, la justicia nunca se limita al cumplimiento externo de determinadas normas. La justicia bíblica expresa una relación perfectamente ordenada con la voluntad de Dios. Es vivir exactamente conforme al propósito para el cual el hombre fue creado. Desde esa perspectiva, la justicia deja de ser simplemente una conducta y pasa a convertirse en la manifestación visible de una comunión perfecta con el Señor.

Nuevamente descubrimos que la descripción alcanza su plenitud únicamente en Cristo. Él mismo declaró que había venido para cumplir toda justicia, y esa expresión no

hacía referencia exclusivamente a su bautismo en el Jordán, sino a toda su misión redentora.

Desde la humildad de Belén hasta la obediencia de la cruz, cada paso de su existencia estuvo gobernado por un único propósito: hacer la voluntad del Padre. Nunca buscó su propia gloria, jamás actuó movido por intereses personales y nunca permitió que las expectativas de los hombres desviaran el camino que el Padre había trazado para Él.

En Cristo contemplamos, por primera vez desde la caída de Adán, a un Hombre cuya justicia no dependía de esfuerzos ocasionales, sino que brotaba naturalmente de una vida completamente entregada a Dios.

La tercera expresión del versículo resulta igualmente reveladora: ***“Habla verdad en su corazón”***. Llama la atención que David no diga simplemente que habla verdad con sus labios. El problema del hombre nunca ha sido únicamente el lenguaje exterior; el verdadero conflicto reside en el corazón.

Es posible pronunciar palabras correctas mientras el interior permanece dominado por el temor, el orgullo o el engaño. El Señor Jesús mismo denunció esa realidad cuando citó al profeta Isaías diciendo: ***“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí”***. Dios siempre ha buscado una verdad que nazca del interior del hombre, porque solo esa verdad puede sostener una vida íntegra.

Al llegar a este punto resulta imposible no recordar las palabras con las que Juan comienza su evangelio: ***“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad”***. No dice que Cristo enseñaba la verdad, aunque ciertamente lo hacía. Afirmar algo mucho más profundo: Él estaba lleno de verdad.

La verdad no era únicamente un contenido de su predicación; constituía la esencia misma de su Persona. Todo cuanto decía revelaba exactamente lo que era, y todo cuanto era expresaba perfectamente al Padre. Por eso pudo afirmar: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”*** (Juan 14:6). Ningún hombre puede identificarse con la verdad de esa manera, porque todos conocemos, en mayor o menor medida, la distancia entre lo que deseamos ser y lo que realmente somos. Solo Cristo pudo pronunciar esas palabras porque solo Él era la verdad hecha carne.

Comenzamos entonces a advertir que David está construyendo un retrato cuya grandeza supera completamente las posibilidades del hombre natural. Cada característica parece elevar aún más el estándar hasta llevarnos a una conclusión inevitable: el salmista no está describiendo simplemente al mejor de los creyentes; está anunciando, sin saberlo plenamente, la llegada del Hombre perfecto.

Y precisamente porque ese Hombre vino, vivió, murió y resucitó, la pregunta inicial del salmo deja de ser una causa de desesperación para convertirse en una extraordinaria

noticia. El Padre ya encontró al Hombre que buscaba. Ya existe Uno cuya integridad, cuya justicia y cuya verdad satisfacen plenamente el corazón de Dios.

Lo verdaderamente maravilloso del evangelio es que ese Hombre no permaneció aislado para que lo admiráramos desde la distancia, sino que nos incorporó a sí mismo, de manera que hoy comparecemos delante del Padre revestidos de la justicia de Cristo y aceptados en el Amado.

Creo que allí comienza a revelarse una de las verdades más hermosas del Nuevo Pacto. Dios nunca rebajó el estándar de su santidad para poder recibirnos. Hizo algo infinitamente más glorioso: nos unió a Aquel que cumplió perfectamente ese estándar y, en Él, nos abrió las puertas de su propia presencia.

Esa es la razón por la cual el autor de la carta a los **Hebreos 10:22** puede invitarnos a acercarnos ***“con corazón sincero, en plena certidumbre de fe...”*** No nos acercamos confiando en que finalmente hemos alcanzado la integridad del **Salmo 15**; nos acercamos porque esa integridad ya existe en Cristo y, por la gracia de Dios, ahora nosotros permanecemos en Él.

David continúa desarrollando el retrato de este Hombre extraordinario agregando una serie de afirmaciones que, leídas superficialmente, podrían parecer simplemente una enumeración de buenas costumbres. Sin embargo, cuanto

más detenidamente las observamos, más evidente resulta que todas ellas brotan de una misma realidad interior.

El salmista escribe: ***“El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino”***. A primera vista pareciera estar cambiando de tema para hablar del comportamiento social, pero en realidad sigue describiendo el mismo corazón íntegro del que habló en el versículo anterior. La lengua, las acciones y la manera de considerar al prójimo no son asuntos independientes; son manifestaciones visibles de la condición espiritual del hombre.

No deja de ser significativo que la primera referencia recaiga sobre la lengua. A lo largo de toda la Escritura, las palabras aparecen como una ventana que permite contemplar aquello que sucede en el interior del corazón. Nuestro Señor mismo enseñó que ***“de la abundancia del corazón habla la boca”*** (Mateo 12:34). Con esa sencilla afirmación desplazó completamente el centro del problema.

La solución nunca consistiría únicamente en controlar el lenguaje, porque la boca no hace otra cosa que expresar lo que ya habita en lo profundo del hombre. Si el corazón permanece dominado por el orgullo, la amargura o el resentimiento, tarde o temprano esas realidades encontrarán una salida por medio de las palabras. Por el contrario, cuando el corazón está lleno de la vida de Dios, las palabras comienzan a reflejar esa nueva realidad.

Esto nos ayuda a comprender por qué David no está confeccionando un código de comportamiento, sino describiendo un hombre cuyo interior ha sido plenamente conformado a la voluntad de Dios. El problema de la calumnia no reside únicamente en el daño que ocasiona al prójimo; revela algo mucho más profundo acerca de quien la pronuncia.

La necesidad de disminuir al otro para engrandecerse uno mismo, el placer de difundir aquello que hiere la reputación ajena o la facilidad para emitir juicios precipitados nacen de un corazón que todavía busca afirmarse sobre la debilidad de los demás.

Cuando llegamos a los evangelios contemplamos nuevamente una diferencia que solo puede encontrarse en Cristo. Jesús vivió rodeado de hombres profundamente imperfectos. Entre sus discípulos había impulsividad, ambición, temor, incompreensión e incluso traición.

Sin embargo, nunca utilizó el conocimiento de las debilidades ajenas para humillar a nadie. Aun cuando corregía con firmeza, sus palabras siempre tenían un propósito redentor. No buscaban destruir, sino restaurar; no pretendían exhibir la miseria del hombre, sino conducirlo nuevamente hacia el Padre.

Resulta particularmente conmovedora la manera en que trató a Pedro después de la negación. Si alguna vez un hombre había quedado expuesto delante de todos, era Pedro.

Sin embargo, el Señor resucitado no reunió a los discípulos para recordar su fracaso ni permitió que aquella caída definiera para siempre su identidad. En la orilla del mar de Galilea le hizo tres preguntas que no tenían como propósito aumentar su vergüenza, sino restaurar su amor y devolverle el ministerio que había recibido. Solo un corazón absolutamente libre del resentimiento podía actuar de esa manera.

Algo semejante sucede con la segunda expresión del salmo: “*Ni hace mal a su prójimo...*” Una vez más, la afirmación parece sencilla, pero encierra una profundidad extraordinaria. El hombre caído suele medir el mal únicamente por las acciones más evidentes. Sin embargo, las Escrituras muestran que el mal comienza mucho antes de hacerse visible. Comienza cuando el corazón deja de amar. Puede esconderse detrás de una apariencia de corrección, puede disfrazarse de justicia e incluso de celo religioso, pero sigue siendo mal porque ya no busca el bien del otro.

Quizá ninguna escena revele esto con mayor claridad que la crucifixión del Señor. Mientras los líderes religiosos defendían lo que consideraban la pureza de la Ley, estaban entregando al Justo para ser condenado. Aquellos hombres estaban convencidos de servir a Dios, pero sus corazones habían perdido la capacidad de reconocer al propio Dios cuando estuvo delante de ellos. El problema nunca fue simplemente un error de interpretación; fue la incapacidad de un corazón endurecido para amar la verdad cuando la verdad tomó forma humana.

En Cristo encontramos exactamente lo opuesto. Toda su vida estuvo orientada hacia el bien de los demás. Sanó a los enfermos, consoló a los quebrantados, alimentó a las multitudes, recibió a los niños, dignificó a los despreciados y ofreció esperanza a quienes ya no esperaban nada de sí mismos.

Incluso cuando el camino hacia la cruz ya era inevitable, continuó pensando en otros antes que en sí mismo. Consoló a las mujeres que lloraban por Él, oró por quienes lo crucificaban y abrió las puertas del paraíso al ladrón que moría a su lado. Cuesta encontrar una expresión más perfecta del bien que aquella vida completamente entregada en favor de otros.

La tercera característica también merece una reflexión cuidadosa. David dice que este hombre ***“no admite reproche alguno contra su vecino”***. No se refiere simplemente a que evita participar de conversaciones maliciosas. El verbo utilizado transmite la idea de recibir, aceptar o dar lugar a una acusación. En otras palabras, describe a una persona que no se convierte fácilmente en receptáculo del juicio contra los demás.

¡Cuán actual resulta esta enseñanza! Vivimos en una cultura que parece alimentarse de la sospecha permanente. Las noticias, las redes sociales e incluso muchas conversaciones cotidianas giran alrededor de errores, escándalos y acusaciones. El hombre natural experimenta una extraña atracción por descubrir las faltas ajenas.

Pareciera que el fracaso del otro aliviara, aunque solo sea por un instante, la carga de nuestras propias insuficiencias.

Sin embargo, el Espíritu de Cristo siempre se mueve en una dirección diferente. Esto no significa cerrar los ojos delante del pecado ni renunciar al discernimiento espiritual. El mismo Señor confrontó el mal cuando fue necesario hacerlo. Pero existe una enorme diferencia entre discernir el pecado para restaurar al hermano y alimentar un corazón acostumbrado a vivir de la acusación. El primero actúa movido por el amor; el segundo encuentra una secreta satisfacción en el descrédito ajeno.

No deja de ser significativo que el libro de Apocalipsis describa a Satanás como ***“el acusador de nuestros hermanos”*** (Apocalipsis 12:10). La acusación permanente constituye uno de los rasgos característicos de su obra. Cristo, por el contrario, aparece como nuestro Abogado delante del Padre. Mientras uno busca condenar, el otro intercede. Mientras uno exhibe la culpa para destruir, el otro presenta su propia sangre para redimir. La diferencia entre ambos ministerios revela dos naturalezas completamente opuestas.

Entonces comprendemos nuevamente que David no está elaborando una lista de comportamientos independientes. Cada una de estas expresiones describe el mismo corazón visto desde diferentes ángulos. Un corazón íntegro no necesita calumniar, porque descansa en Dios. No procura hacer mal al prójimo, porque ha aprendido a amar

como el Padre ama. No vive alimentándose de acusaciones, porque conoce la gracia con la que él mismo ha sido recibido. Todo nace de una misma fuente.

Y precisamente allí volvemos a encontrar el hilo conductor que atraviesa todo este libro. Ese corazón existió plenamente en una sola Persona. Antes de convertirse en el destino hacia el cual el Espíritu Santo nos transforma, fue una realidad perfecta en Cristo.

Él es el Hombre que jamás utilizó sus palabras para destruir, que nunca buscó su propio beneficio a costa del sufrimiento ajeno y que, aun siendo el único con derecho a condenar, eligió cargar sobre sí la condenación que correspondía a todos nosotros.

Por eso, cuando leemos hoy el **Salmo 15** desde la luz del Nuevo Pacto, ya no escuchamos únicamente un conjunto de exigencias que recaen sobre nuestras espaldas. Contemplamos el retrato moral del Hijo de Dios. Y mientras más claramente descubrimos su perfección, más profundamente comprendemos la grandeza de la gracia que nos unió a Él.

Porque el Padre no nos recibe después de comprobar que finalmente hemos alcanzado esa medida; nos recibe en Aquel que siempre la poseyó y, desde esa aceptación, el Espíritu Santo comienza a conformar progresivamente nuestra vida a la imagen del Hombre perfecto.

Capítulo nueve

COMPLETANDO EL RETRATO DEL HOMBRE PERFECTO

***“Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado,
Pero honra a los que temen a Jehová.
El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia;
Quien su dinero no dio a usura,
Ni contra el inocente admitió cohecho”.***

Salmo 15:4 y 5

Quiero profundizar en esta parte, porque David concluye el retrato de este hombre extraordinario añadiendo tres características que, aunque pudieran parecer independientes de las anteriores, en realidad terminan revelando la profundidad de un corazón absolutamente libre de las influencias que gobiernan al hombre caído.

Al leer las palabras de los versos cuatro y cinco, es difícil no percibir que el estándar continúa elevándose. Ya no estamos simplemente frente a un hombre correcto; estamos contemplando a alguien cuya escala de valores permanece completamente alineada con el corazón de Dios.

La primera afirmación podría prestarse fácilmente a una interpretación equivocada si se la separa del conjunto del salmo. David no está enseñando el desprecio hacia determinadas personas, porque semejante actitud contradiría el carácter misericordioso de Dios revelado a lo largo de toda la Escritura. Lo que el salmista describe es la capacidad de valorar las cosas conforme a la perspectiva divina y no conforme al criterio cambiante de los hombres.

El mundo suele admirar aquello que produce poder, influencia o reconocimiento. Dios, en cambio, mira el corazón. Por eso este hombre no permite que el prestigio, la riqueza o la posición social alteren su discernimiento. No llama bueno a lo que Dios llama malo, ni considera insignificante aquello que el Señor estima precioso.

Esta diferencia atraviesa toda la vida de Cristo. Resulta llamativo observar que nunca fue impresionado por aquello que tanto fascinaba a sus contemporáneos. Los poderosos de su tiempo esperaban ser tratados conforme a su posición, pero Jesús nunca modificó una sola palabra para agradar a quienes ocupaban lugares de autoridad.

Del mismo modo, tampoco ignoró a quienes la sociedad había aprendido a despreciar. Se detuvo delante del ciego que clamaba al borde del camino, permitió que una mujer considerada pecadora lavara sus pies con lágrimas, tocó al leproso del que todos se apartaban y llamó a un publicano para convertirlo en uno de sus discípulos. Mientras los hombres clasificaban a las personas según criterios

humanos, el Señor veía aquello que únicamente el Padre podía contemplar.

Esta libertad interior constituye una de las evidencias más hermosas de la perfección moral de Cristo. Nunca necesitó el favor de los hombres para afirmar su identidad, porque descansaba completamente en la aprobación del Padre.

Precisamente por eso podía amar sin adular, corregir sin humillar y servir sin buscar reconocimiento. Su escala de valores no cambiaba según el auditorio que tuviera delante; permanecía inalterable porque nacía del corazón mismo de Dios.

David continúa diciendo que este hombre ***“aun jurando en daño suyo, no por eso cambia”***. Confieso que esta expresión siempre me ha parecido una de las más extraordinarias del salmo. Describe a una persona cuya fidelidad no depende de las consecuencias que pueda sufrir.

Vivimos en un mundo donde las promesas suelen mantenerse mientras resultan convenientes. Cuando las circunstancias cambian, muchos consideran legítimo modificar la palabra dada. El salmista, sin embargo, presenta a un hombre cuya verdad permanece firme incluso cuando cumplirla implica un costo personal.

Una vez más resulta imposible no pensar en Cristo. Desde el comienzo de su ministerio sabía perfectamente

hacia dónde conducía el camino que el Padre le había trazado. Nunca ignoró el precio de la obediencia. Anunció repetidas veces a sus discípulos que sería entregado, rechazado, condenado y crucificado. Sabía que Getsemaní y el Calvario no eran accidentes de la historia, sino parte del propósito eterno de Dios. Aun así, jamás retrocedió.

Las palabras pronunciadas en el huerto resumen quizá como ninguna otra escena la perfección de esta obediencia. ***“Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42).*** No encontramos allí resignación ni fatalismo. Encontramos el amor perfecto que permanece fiel al Padre aun cuando esa fidelidad conduzca al sufrimiento más profundo. Cristo no cambió cuando obedecer significó perderlo todo. Permaneció fiel porque su comunión con el Padre era más fuerte que el dolor de la cruz.

Aquí comenzamos a comprender que el salmo no está describiendo simplemente la honestidad de un hombre íntegro. Está revelando una fidelidad que alcanza su máxima expresión en la entrega del Hijo de Dios.

Él fue el único que llevó hasta las últimas consecuencias la obediencia perfecta. Cuando todo invitaba a abandonar el camino, permaneció. Cuando la cruz apareció delante de Él con toda su dureza, no cambió. La fidelidad que David apenas pudo describir alcanzó en Cristo su manifestación definitiva.

La última característica completa admirablemente el retrato: ***“Quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió cohecho”***. En el contexto del Antiguo Testamento, ambas expresiones hablan de un hombre que jamás utiliza los recursos recibidos para aprovecharse de la necesidad ajena ni permite que la justicia sea corrompida por intereses personales. En otras palabras, describe a alguien completamente libre del poder del dinero.

No deja de ser significativo que uno de los temas sobre los cuales Jesús enseñó con mayor frecuencia fuera precisamente la relación del hombre con las riquezas. Él conocía el extraordinario poder que poseen para ocupar el lugar que solo corresponde a Dios.

Por eso afirmó con absoluta claridad: ***“No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24)***. No dijo que fuera difícil; dijo que era imposible. Allí donde el dinero gobierna el corazón, Dios deja de ocupar el trono. Quienes me han escuchado predicar más de una vez, sabrán que siempre hago hincapié en la importancia del gobierno espiritual sobre el dinero. Por algo el enemigo ha atacado tanto esa área dentro de la Iglesia.

Sin embargo, al contemplar la vida del Señor descubrimos nuevamente la perfecta libertad que el salmo parece anticipar. Cristo nunca utilizó el poder para enriquecerse, jamás manipuló a las personas para obtener beneficios y nunca permitió que el interés personal condicionara sus decisiones. Aun siendo el Señor de todas las

cosas, escogió el camino de la sencillez. Quien había creado el universo vivió dependiendo del cuidado cotidiano del Padre. Quien era dueño de todo aceptó hacerse pobre por amor a nosotros, para que nosotros fuésemos enriquecidos con las riquezas de su gracia.

Esto no debe ser entendido como algunos pretenden, que la piedad debe manifestarse a través de la pobreza o el desapego absoluto a todo deseo material. Jesús no se hizo pobre para que lo siguiéramos por ese camino, sino para que podamos enriquecernos administrando con autoridad espiritual, con sabiduría divina y bajo el gobierno absoluto del Espíritu Santo.

Poco a poco comenzamos a advertir algo que quizá no habíamos visto al iniciar la lectura del salmo. Cada nueva característica parece ampliar el mismo retrato. No estamos contemplando virtudes aisladas, sino la belleza de una única vida perfectamente orientada hacia el Padre.

La integridad, la justicia, la verdad, la misericordia, la fidelidad y el desprendimiento no aparecen como cualidades independientes que el hombre intenta reunir mediante un gran esfuerzo moral. Constituyen la expresión armónica de una naturaleza completamente gobernada por el amor de Dios.

Y precisamente allí encontramos la diferencia entre el evangelio y toda forma de religión. La religión suele presentar una colección de virtudes que el hombre debe

intentar incorporar poco a poco a su carácter. El evangelio anuncia que esa vida ya existe plenamente en Cristo y que el Espíritu Santo ha venido para hacernos participar de ella. No comienza entregándonos un listado de exigencias, sino un Salvador. No empieza pidiéndonos producir un nuevo corazón, sino comunicándonos la vida de Aquel cuyo corazón siempre agradó al Padre.

Creo que esta verdad merece ser meditada con calma. Porque, si el **Salmo 15** hubiera sido escrito únicamente para describir el ideal moral del creyente, terminaría produciendo inevitablemente frustración. Siempre descubriríamos alguna área en la que todavía estamos lejos de la perfección que el texto demanda.

Pero cuando comprendemos que, antes de ser una exigencia para nosotros, el salmo constituye una revelación profética del Hombre perfecto, entonces todo cambia. La desesperación da lugar a la adoración. Dejamos de preguntarnos cómo alcanzar esa medida por nuestras propias fuerzas y comenzamos a contemplar con gratitud a Aquel que la alcanzó plenamente en nuestro lugar.

Y es precisamente desde esa contemplación que el Espíritu Santo comienza a transformarnos. Porque el Nuevo Pacto nunca fue diseñado para producir imitadores externos de Cristo, sino hombres y mujeres en quienes la vida del propio Cristo se manifieste progresivamente.

La transformación no nace del esfuerzo por copiar un modelo distante, sino de la comunión con Aquel que ahora vive en nosotros. Mientras permanecemos en Él, la integridad del Hombre perfecto deja de ser únicamente un retrato admirable y comienza, por la obra silenciosa del Espíritu, a reflejarse también en aquellos que hemos sido hechos nuevas criaturas en Cristo Jesús.

“...El que hace estas cosas, no resbalará jamás.”

Salmo 15:5

Estas palabras suelen interpretarse como una promesa de estabilidad para quien consiga vivir conforme a las virtudes mencionadas anteriormente, pero en realidad retratan al Hombre perfecto.

No deja de ser conmovedor observar que Jesús atravesó todas las pruebas que habían hecho caer a quienes lo precedieron. Donde Israel murmuró en el desierto, Él permaneció obediente. Donde Adán cedió frente a la tentación en un jardín lleno de abundancia, Cristo venció al tentador en un desierto marcado por el hambre. Donde los grandes hombres de Dios revelaron sus limitaciones, el Hijo permaneció absolutamente fiel al Padre.

No fue preservado porque el camino resultara más sencillo para Él. Fue preservado porque su comunión con el Padre jamás conoció una interrupción. La obediencia no era una carga que debía soportar, sino la expresión natural de la vida que compartía eternamente con el Padre.

Comprender Su caminar modifica profundamente la manera en que leemos la última promesa del salmo. “**No resbalará jamás**” encuentra su cumplimiento perfecto únicamente en Cristo. Él es la Roca inconmovible. Él es el Hombre cuya fidelidad nunca conoció una fisura.

Él es quien permaneció firme cuando todo parecía invitarlo a abandonar el camino trazado por el Padre. Incluso la cruz, que desde una perspectiva humana podía interpretarse como una derrota absoluta, terminó revelándose como la mayor manifestación de su perfecta obediencia.

Pero aquí el evangelio del Reino vuelve a desplegar toda su hermosura. Por eso volveré a repetir una y otra vez esta gracia maravillosa: El propósito del Padre nunca fue detener la historia en la contemplación del Hombre perfecto. Toda la obra de Cristo apunta a algo todavía más glorioso: incorporar a otros en Su propia victoria.

La comunión con Cristo transforma completamente nuestra lectura de los salmos. Si permaneciéramos separados de Él, cada uno de estos textos terminaría convirtiéndose en una presión insoportable ante nuestras insuficiencias. Sin embargo, al estar unidos al Hijo, comenzamos a descubrir que aquello que primero contemplamos en Él constituye también el fundamento de nuestra esperanza.

Su obediencia se convierte en nuestra justicia; su aceptación delante del Padre se convierte en la base de

nuestra aceptación; su victoria sobre el pecado y la muerte abre para nosotros un camino completamente nuevo.

Quizá por eso el autor de la carta a los Hebreos habla con tanta seguridad acerca de nuestra entrada en la presencia de Dios. No fundamenta esa confianza en el progreso espiritual del creyente ni en la perfección de su conducta. La fundamenta exclusivamente en la obra consumada de Cristo.

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo...”

Hebreos 10:19

Observemos cuidadosamente el argumento. No tenemos libertad porque finalmente hemos alcanzado el nivel espiritual descrito en el **Salmo 15**. Tenemos libertad porque el Hombre que sí lo alcanzó abrió para nosotros un camino nuevo y vivo mediante Su propia sangre.

Creo que esta verdad posee implicancias inmensas para la vida cristiana. Con demasiada frecuencia los creyentes viven oscilando entre la confianza y la culpa, dependiendo del desempeño espiritual de cada semana. Cuando sienten que han orado más, leen la Biblia con mayor libertad; cuando descubren sus debilidades, se acercan al Señor con temor y vergüenza. Sin darse cuenta, vuelven a construir una relación basada en sus propios méritos.

El evangelio rompe definitivamente con esa lógica. Nuestra confianza no nace de una evaluación diaria de

nuestra conducta, sino de la perfección permanente de Cristo. Nos acercamos al Padre porque estamos en el Hijo. Permanecemos delante de Él porque el Hijo permanece delante de Él y es nuestra justicia. Somos recibidos porque el Amado jamás dejó de ser aceptado.

Esto no disminuye en absoluto el llamado a una vida santa. Por el contrario, le otorga el único fundamento capaz de sostenerla. Sin embargo, ya no buscamos obedecer para conquistar un lugar delante de Dios; obedecemos porque ese lugar nos ha sido concedido en Cristo. La santidad deja de ser una escalera que intenta alcanzar el cielo y se convierte en el fruto natural de una vida que ya participa de la comunión del Hijo con el Padre.

Al cerrar el **Salmo 15** comprendemos que la pregunta inicial ha recibido una respuesta definitiva. ¿Quién puede habitar en el tabernáculo del Señor? ¿Quién puede morar en su monte santo? Existe un solo Hombre que responde plenamente a esa descripción: “Jesucristo”. Y precisamente porque Él permanece eternamente delante del Padre, todos aquellos que han sido unidos a Él participan también de esa comunión.



Capítulo diez

¿QUIÉN SUBIRÁ AL MONTE DE DIOS?

Existen preguntas cuya respuesta parece encontrarse tan lejos de nosotros que, apenas las escuchamos, comprendemos que no han sido formuladas para satisfacer una simple curiosidad. La pregunta con la que David inicia esta sección del **Salmo 24** pertenece precisamente a esa categoría: “*¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo?*”.

La mayoría de las veces hemos leído estas palabras como si constituyeran una invitación dirigida al creyente para alcanzar un nivel más elevado de consagración. Casi naturalmente imaginamos un ascenso espiritual, una vida de mayor entrega, una búsqueda más intensa de Dios.

Sin embargo, cuanto más atentamente observamos el contexto de la Escritura, más evidente resulta que David está planteando una cuestión mucho más profunda. El problema no consiste simplemente en subir un monte, sino en permanecer delante de un Dios cuya santidad ninguna criatura puede contemplar apoyándose en sus propios méritos.

Desde los primeros capítulos de la Biblia, los montes aparecen asociados de manera constante con la manifestación del gobierno divino. No es casualidad que Noé descendiera de un monte para iniciar una nueva etapa de la humanidad, que Abraham recibiera la orden de ofrecer a Isaac sobre el monte Moriah, que Moisés ascendiera al Sinaí para recibir la Ley o que Elías oyera la voz apacible del Señor en Horeb. A lo largo de toda la historia de Israel, el monte se convierte en un símbolo del lugar donde Dios revela su autoridad, establece sus propósitos y manifiesta Su presencia.

Por esa razón, cuando David pregunta quién subirá al monte de Jehová, la cuestión trasciende ampliamente la geografía de Jerusalén. El monte representa el ámbito del gobierno de Dios, el lugar donde Su voluntad es perfectamente reconocida y donde Su autoridad permanece absolutamente incontestable. No se trata simplemente de alcanzar una elevación física, sino de acceder a la esfera donde el Señor reina sin oposición.

Precisamente por eso la segunda pregunta amplía el significado de la primera. “*¿Y quién estará en su lugar santo?*” No basta con subir; es necesario permanecer. No se trata de una visita ocasional ni de una experiencia espiritual pasajera. David vuelve a utilizar el mismo lenguaje que ya había empleado en el **Salmo 15**. La cuestión no gira alrededor de un encuentro momentáneo con Dios, sino de una comunión estable, continua y permanente.

Si permitimos que estas preguntas permanezcan unos instantes delante de nosotros, comenzaremos a percibir el enorme peso que contienen. Porque, si el monte representa el gobierno de Dios y el lugar santo expresa la comunión perfecta con Él, entonces la pregunta puede formularse de otra manera: ¿qué hombre posee una vida tan plenamente conforme al corazón del Padre que pueda vivir eternamente bajo su gobierno sin experimentar jamás una ruptura en esa comunión?

Esta manera de leer el salmo cambia completamente nuestra perspectiva. Ya no estamos buscando un creyente excepcional, sino un Hombre cuya existencia entera corresponda perfectamente al propósito eterno de Dios. David responde inmediatamente:

“El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño.”

Salmo 24:4

A primera vista pareciera que el salmista vuelve a presentar una serie de requisitos morales. Sin embargo, si hemos aprendido algo en nuestro recorrido por los salmos anteriores, sabemos que conviene avanzar con prudencia antes de llegar a esa conclusión. Porque ya hemos descubierto que las descripciones absolutas del hombre que agrada plenamente al Padre terminan encontrando su verdadero cumplimiento únicamente en Cristo.

Observemos, por ejemplo, la primera expresión: “*El limpio de manos*”. En las Escrituras, las manos representan habitualmente las obras del hombre, aquello que realiza, aquello que produce y aquello con lo cual interviene en el mundo. Tener manos limpias no significa simplemente evitar determinadas acciones pecaminosas. Significa que toda la obra realizada por ese hombre permanece completamente libre de corrupción.

Nuevamente podemos formularnos algunas preguntas claves: ¿Conocemos realmente a alguien cuya obra haya sido absolutamente pura desde el comienzo hasta el final de su vida? Y volvemos a responder: Aun los hombres más consagrados descubrieron que sus mejores obras conservaban las marcas de la debilidad humana, solo Cristo encaja con esta descripción.

Cuando leemos las Escrituras, vemos que el orgullo humano podía mezclarse con el servicio; la vanagloria podía infiltrarse silenciosamente en el ministerio; incluso las motivaciones más nobles necesitaban ser continuamente examinadas delante de Dios. Cuanto más madura espiritualmente una persona, más consciente suele hacerse de esa realidad. Quizá por eso los grandes hombres de Dios siempre hablaron de la gracia con mayor intensidad que de sus propios logros.

Cuando, en cambio, dirigimos nuestra mirada hacia Cristo, encontramos por primera vez unas manos absolutamente limpias. Cada obra realizada por el Hijo brotó

exclusivamente del amor al Padre y de la compasión hacia los hombres. Nunca buscó prestigio para sí mismo. Nunca utilizó el poder recibido para obtener ventajas personales. Nunca realizó un milagro movido por el deseo de impresionar a las multitudes. Todo cuanto hizo nació del Padre, reveló al Padre y condujo nuevamente hacia el Padre.

Resulta profundamente significativo que, al finalizar su ministerio terrenal, Jesús pudiera decir: ***“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”*** (Juan 17:4). Aquellas palabras constituyen quizá la definición más perfecta de unas manos limpias. Ninguna de sus obras quedó fuera del propósito eterno de Dios. Ninguna necesitó ser corregida por motivaciones ocultas. Toda su vida fue una ofrenda perfectamente agradable delante del Padre.

Pero David no se detiene allí. Añade inmediatamente una segunda característica: ***“Puro de corazón...”*** Y aquí el salmo parece penetrar todavía más profundamente. Las manos hablan de las obras visibles; el corazón habla del lugar donde esas obras nacen. Porque Dios nunca ha separado ambas dimensiones. El hombre suele admirar aquello que puede contemplar con sus ojos, pero el Señor continúa mirando el corazón.

Tal vez por eso Jesús llevó las exigencias de la Ley hasta una profundidad que desconcertó a sus oyentes. No bastaba con evitar el homicidio; el enojo injustificado ya revelaba un problema interior. No bastaba con evitar el

adulterio; la codicia del corazón también necesitaba ser confrontada. El Maestro no estaba endureciendo la Ley. Estaba mostrando que el verdadero problema nunca había residido únicamente en las acciones, sino en la fuente de donde ellas procedían.

Al llegar a este punto comprendemos nuevamente que David no está describiendo simplemente una conducta irrepachable. Está hablando de un corazón cuya totalidad permanece orientada hacia Dios. Un corazón sin mezcla, sin doblez, sin divisiones interiores, completamente entregado al Padre. ¿Quién otro sino Cristo?

Él pudo decir: *“Yo y el Padre uno somos”*. No porque dejara de distinguirse de la Persona del Padre, sino porque toda su voluntad, todo su afecto y toda su existencia permanecían perfectamente unidas al propósito eterno de Dios. Nunca existió en Él una tensión entre obedecer y desear otra cosa. Su gozo consistía precisamente en hacer la voluntad del Padre.

Entonces comenzamos a descubrir que el **Salmo 24** continúa ampliando el mismo retrato que venimos contemplando desde el comienzo del libro. El Espíritu Santo no está levantando una montaña imposible para desesperar al hombre. Está preparando, siglos antes de la encarnación, la llegada del único Hombre cuyas manos permanecerían siempre limpias y cuyo corazón jamás conocería otra pasión que la gloria del Padre.

Y precisamente porque ese Hombre vino, murió y resucitó, la pregunta del salmo deja de ser únicamente un desafío para convertirse en una promesa. Ya no preguntamos con angustia quién podrá subir al monte de Jehová. Contemplamos con gratitud al Hijo que ascendió victorioso, se sentó a la diestra del Padre y, por su gracia, nos hizo sentar juntamente con Él en los lugares celestiales.

Antes de invitarnos a subir, Cristo subió por nosotros. Antes de llamarnos a permanecer, Él permaneció perfectamente delante del Padre. Y porque permanecemos en Él, el monte de Jehová deja de ser una meta inalcanzable y comienza a revelarse como el ámbito de vida al que hemos sido introducidos por la obra consumada del Hombre perfecto. Esto es lo que implica vivir Reino.

Después de hablar de las manos limpias y del corazón puro, David dirige la atención hacia un aspecto todavía más profundo de la vida interior. Dice que este hombre es aquel ***“que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño”***. A primera vista podría parecer simplemente una ampliación de las virtudes anteriores, pero en realidad el salmista está penetrando hasta el centro mismo de la existencia humana.

Si las manos representan aquello que el hombre hace y el corazón aquello que el hombre es, el alma expresa aquello hacia lo cual el hombre orienta toda su vida, el objeto de sus afectos, de sus deseos y de sus expectativas.

Cada ser humano vive inevitablemente dirigido hacia algo. Nadie existe en un estado de absoluta neutralidad. Siempre hay un centro alrededor del cual organizamos nuestros pensamientos, nuestros esfuerzos y nuestras esperanzas.

Algunos viven orientados hacia el reconocimiento, otros hacia el éxito, otros hacia la seguridad económica, otros hacia el placer o el poder. Incluso la religión puede convertirse, paradójicamente, en el objeto alrededor del cual una persona construya su identidad. El alma siempre se eleva hacia aquello que considera digno de ocupar el lugar supremo.

David afirma que el hombre que puede permanecer delante de Dios jamás elevó su alma a la vanidad. La palabra utilizada posee una riqueza notable. No describe únicamente aquello que es falso, sino todo aquello que resulta vacío, pasajero, inconsistente, incapaz de sostener verdaderamente la vida. En otras palabras, este hombre nunca edificó su existencia sobre aquello que termina desvaneciéndose.

Resulta imposible leer estas palabras sin recordar la permanente denuncia de los profetas contra la idolatría. Sin embargo, sería un error reducir la idolatría exclusivamente a las imágenes de madera o de piedra. Los ídolos constituyen, ante todo, cualquier realidad creada que ocupa el lugar que únicamente corresponde a Dios. Son aquellas promesas de plenitud que terminan revelándose incapaces de satisfacer el corazón humano. El hombre caído posee una extraordinaria

capacidad para convertir en absoluto aquello que solo posee un valor relativo.

Cuando finalmente contemplamos la vida de Cristo, descubrimos nuevamente una diferencia que ningún otro hombre ha podido manifestar con semejante perfección. Toda su existencia estuvo orientada hacia el Padre. Nunca encontramos en Él una búsqueda de gloria personal, un deseo de reconocimiento o una ambición que compitiera con la voluntad divina.

Incluso cuando las multitudes intentaron proclamarlo rey, se retiró. Cuando Satanás le ofreció todos los reinos del mundo y su gloria, rechazó aquella propuesta sin vacilación. Cuando Pedro quiso apartarlo del camino de la cruz para evitarle el sufrimiento, el Señor respondió con una firmeza que revela hasta qué punto su corazón permanecía completamente orientado hacia el propósito eterno de Dios.

Existe una expresión del evangelio de Juan que resume admirablemente esta realidad. Jesús declara: ***“Yo no busco mi gloria” (Juan 8:50)***. Son palabras sencillas, pero en ellas se esconde una profundidad inmensa. Desde la caída de Adán, la búsqueda de la propia gloria se convirtió en una de las características más persistentes del corazón humano. Incluso nuestras mejores obras pueden verse contaminadas por el deseo secreto de ser reconocidos, admirados o valorados. Cristo, en cambio, vivió completamente libre de esa necesidad. La gloria del Padre era suficiente para llenar plenamente su corazón.

Quizá por eso podía servir con absoluta libertad. Solo quien ha dejado de buscar su propia exaltación puede lavar los pies de sus discípulos sin sentirse disminuido por ello. Solo quien encuentra toda su identidad en el amor del Padre puede aceptar el camino de la humillación sin experimentar que pierde algo esencial. La humildad de Cristo no consistía en pensar poco acerca de sí mismo; consistía en vivir tan plenamente ocupado por la gloria del Padre que la necesidad de afirmarse desaparecía por completo.

David añade todavía una última característica: “*Ni jurado con engaño*”. La expresión no se limita al acto formal de prestar un juramento falso. En el pensamiento hebreo, jurar implicaba comprometer toda la verdad de la propia persona. El salmista está describiendo a un hombre cuya palabra jamás se aparta de la realidad, alguien en quien no existe doblez, manipulación ni falsedad.

Una vez más el contraste con la condición humana resulta evidente. Después de la caída, el engaño penetró profundamente en las relaciones humanas. La serpiente engañó a Eva; Jacob engañó a Isaac; Labán engañó a Jacob; los hermanos de José engañaron a su padre; Ananías y Safira intentaron engañar a la iglesia. La historia bíblica confirma una y otra vez que el hombre suele utilizar la palabra no solo para comunicar la verdad, sino también para proteger sus intereses, ocultar sus intenciones o construir una imagen diferente de la realidad.

Cristo constituye el contraste absoluto con esa historia. Nunca hubo distancia entre lo que era, lo que pensaba, lo que decía y lo que hacía. Toda su vida permaneció unificada por la verdad. No deja de ser significativo que, cuando Pilato le preguntó acerca de la verdad, la Verdad misma permanecía delante de él.

El gobernador romano buscaba una definición filosófica mientras tenía frente a sus ojos al único Hombre absolutamente verdadero que la historia conocería. La ironía del relato resulta conmovedora. El mundo seguía preguntándose qué era la verdad mientras la verdad estaba siendo condenada por manos humanas.

Al contemplar todas estas características juntas comenzamos a percibir la extraordinaria unidad del retrato que David viene desarrollando. Las manos limpias, el corazón puro, el alma completamente orientada hacia Dios y la ausencia absoluta de engaño no constituyen virtudes independientes. Son diferentes manifestaciones de una misma vida.

Todo en este Hombre permanece perfectamente ordenado. Sus obras nacen de un corazón puro; su corazón permanece orientado exclusivamente hacia el Padre; y de esa comunión brota una verdad que impregna toda su existencia.

Creo que precisamente aquí encontramos una de las mayores diferencias entre el evangelio y cualquier intento humano de transformación moral. La religión suele trabajar

desde afuera hacia adentro. Procura modificar primero las conductas esperando que, con el paso del tiempo, el interior también cambie.

El evangelio del Reino comienza exactamente en el lugar opuesto. Nos une al Hombre perfecto y nos hace participantes de su vida. A partir de esa unión, el Espíritu Santo inicia una transformación que alcanza el corazón, purifica los afectos, ordena los deseos y, finalmente, se manifiesta también en las obras exteriores.

Por eso el Nuevo Pacto jamás presenta la santidad como una representación que el creyente debe esforzarse por mantener delante de los demás. La presenta como el fruto inevitable de una vida unida a Cristo. No se trata de aprender a imitar externamente al Hombre perfecto, sino de permitir que la vida del Hombre perfecto encuentre expresión en nosotros.

La diferencia puede parecer sutil, pero en realidad cambia por completo la experiencia cristiana. En un caso el hombre vive intentando parecerse a Cristo por sus propias fuerzas; en el otro, Cristo mismo continúa manifestando su vida en aquellos que permanecen unidos a Él. No puede un árbol bueno dar frutos malos y nosotros habitamos en el árbol bueno, por lo tanto, se espera que Su vida fluya con libertad.

Quizá esa sea una de las razones por las cuales Pablo ya no podía describir su existencia diciendo simplemente: “Yo intento vivir como Cristo”. Sus palabras fueron

infinitamente más profundas: *“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* Allí encontramos la verdadera respuesta al **Salmo 24**.

El Hombre perfecto ascendió al monte del Señor, permaneció eternamente delante del Padre y ahora comunica su propia vida a quienes han sido incorporados a Él. De esa unión nace todo cuanto el Padre siempre quiso encontrar en el hombre y que, finalmente, encontró para siempre en su Hijo amado.



Capítulo once

VIVIENDO EN EL BENDITO DE DIOS

Después de describir las características de este hombre extraordinario, David ya no habla de lo que él hace, sino de aquello que recibe de Dios. El cambio resulta muy significativo. Hasta este momento el salmo parecía concentrarse en la vida del hombre; ahora toda la atención se dirige hacia la respuesta del Padre. ***“Él recibirá bendición de Jehová, y justicia del Dios de salvación”*** (Salmo 24:5).

Estas palabras suelen interpretarse como una consecuencia natural de la obediencia. Se entiende que, si un creyente alcanza la medida espiritual descrita en los versículos anteriores, entonces Dios responderá otorgándole bendición y justicia.

Sin embargo, después del camino recorrido hasta aquí, esa interpretación comienza a mostrarse insuficiente. Porque, si ninguno de los hombres que han existido pudo cumplir plenamente la descripción anterior, entonces tampoco ninguno podría reclamar para sí, en sentido absoluto, la promesa que sigue.

El problema no reside en la fidelidad de Dios para bendecir. El problema consiste en identificar correctamente al hombre del que David está hablando. Si aceptamos que las manos limpias, el corazón puro, la ausencia total de vanidad y la perfecta verdad encuentran su cumplimiento únicamente en Cristo, entonces la bendición y la justicia prometidas también deben contemplarse, en primer lugar, sobre Él. Y eso es exactamente lo que revelan los evangelios.

Cada vez que el Padre habló públicamente acerca de su Hijo, lo hizo para expresar su plena complacencia en Él. En el Jordán se oyó la voz del cielo diciendo: ***“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”***. Años más tarde, en el monte de la transfiguración, la misma voz volvió a escucharse delante de Pedro, Jacobo y Juan: ***“Este es mi Hijo amado; a Él oíd”***.

Resulta profundamente conmovedor observar que el Padre nunca encontró en Cristo motivo alguno de desaprobación. Allí donde todos los demás hombres necesitaron misericordia, el Hijo recibió plena aprobación. Allí donde todos nosotros dependemos del perdón, Él permaneció siempre como el Justo. David lo había anunciado siglos antes sin llegar a contemplar toda la grandeza de aquello que el Espíritu Santo ponía en sus labios.

Pero la segunda parte del versículo merece una atención todavía mayor. El salmista afirma que este Hombre recibirá ***“justicia del Dios de salvación...”*** A primera vista podría parecernos una expresión extraña. ¿Cómo puede

recibir justicia quien ya es perfectamente justo? ¿Acaso Cristo necesitaba ser justificado?

La respuesta aparece cuando comprendemos que la obra del Hijo no consistía únicamente en vivir una vida perfecta. También debía identificarse plenamente con aquellos a quienes venía a redimir. El único Justo aceptó ocupar el lugar de los injustos. El único Hombre que jamás conoció el pecado permitió que nuestra culpa fuera puesta sobre Él.

La cruz constituye precisamente ese momento extraordinario en el que la justicia perfecta del Hijo parece quedar momentáneamente cubierta por la condenación que correspondía a toda la humanidad.

Isaías lo había anunciado con palabras que conservan una fuerza impresionante: ***“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”*** (Isaías 53:6). Pablo desarrollará posteriormente esta misma verdad cuando escriba: ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”*** (2 Corintios 5:21).

Aquí aparece uno de los intercambios más gloriosos del evangelio. Cristo no murió simplemente para perdonar nuestras faltas. Murió para llevar nuestra condición y, al mismo tiempo, compartir con nosotros todo aquello que le pertenecía por derecho propio. Él tomó nuestro pecado para

comunicarnos su justicia. Aceptó nuestra condenación para introducirnos en su aceptación. Descendió hasta el lugar donde nosotros nos encontrábamos para levantarnos hasta el lugar donde Él siempre había permanecido delante del Padre.

Entonces comenzamos a comprender que la justicia prometida en el **Salmo 24** alcanza en la resurrección su manifestación definitiva. Cuando el Padre levantó a su Hijo de entre los muertos, no estaba simplemente realizando un milagro extraordinario; estaba declarando públicamente que la obra redentora había sido plenamente aceptada.

La muerte no pudo retener al Justo porque en Él no existía causa alguna que justificara su permanencia en el sepulcro. La resurrección constituye, por decirlo así, la proclamación celestial de que el Hombre perfecto había cumplido plenamente la misión recibida del Padre.

Sin embargo, el evangelio vuelve a sorprendernos una vez más. Todo aquello que el Padre otorgó al Hijo comienza también a pertenecer a quienes están unidos a Él. La bendición que reposó sobre Cristo ya no permanece únicamente sobre Cristo. La justicia que el Padre confirmó en su Hijo ya no queda limitada exclusivamente a su Persona. Todo cuanto Él recibió como Cabeza comienza a ser compartido con aquellos que forman parte de su cuerpo.

Esta realidad atraviesa silenciosamente todo el Nuevo Testamento. Pablo afirma que Dios ***“nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”***.

Observemos cuidadosamente el orden. No dice que nos bendecirá cuando alcancemos determinada madurez espiritual. Afirma que ya hemos sido bendecidos, y especifica inmediatamente el lugar donde esa bendición se encuentra: “*en Cristo*”. ¿Por qué? Porque Él es el bendito, y toda bendición espiritual posee un solo escenario. No descansa sobre los méritos del creyente, sino sobre la perfección permanente del Hijo.

Lo mismo sucede con la justicia. Una y otra vez el apóstol insiste en que el creyente ha sido justificado por la fe. Esa expresión ha llegado a resultarnos tan familiar que corremos el riesgo de perder su inmensa profundidad.

Ser justificados no significa simplemente que Dios decidió ignorar nuestras faltas. Significa que el Padre nos contempla revestidos de la justicia de su propio Hijo. Nuestra aceptación delante de Él ya no depende de la inestabilidad de nuestra obediencia, sino de la perfección inmutable de Cristo.

Quizá por eso el Nuevo Testamento habla con tanta libertad acerca de nuestra seguridad en Dios. Esa seguridad jamás descansa sobre la confianza en nosotros mismos. Descansa sobre la absoluta suficiencia de Aquel que cumplió perfectamente todo cuanto el Padre demandaba del hombre.

Si la aceptación dependiera finalmente de nuestra capacidad para conservar intacta la descripción del **Salmo 24**, viviríamos inevitablemente entre la esperanza y el temor. Pero como esa aceptación depende exclusivamente del

Hombre perfecto, el creyente puede descansar con una paz que ninguna acusación logra destruir.

Aquí comienza a revelarse una diferencia fundamental entre la espiritualidad del antiguo pacto y la gloria del Nuevo Pacto. Bajo la Ley, el hombre contemplaba la justicia como una meta que debía alcanzar. En Cristo, la justicia deja de ser una meta para convertirse en un regalo.

Bajo la Ley, la bendición aparecía condicionada por la obediencia del hombre. En el evangelio, la bendición descansa sobre la obediencia consumada del Hijo y es compartida con todos aquellos que permanecen unidos a Él. Lo cual implica que la bendición no son cosas que recibimos, sino una naturaleza impartida.

Esto no significa, por supuesto, que la obediencia haya perdido importancia. Significa algo infinitamente más hermoso. La obediencia ya no constituye el precio que pagamos para obtener la bendición; se convierte en la respuesta agradecida de quienes ya han sido bendecidos en Cristo. La vida cristiana deja entonces de estar impulsada por el temor de perder el favor de Dios y comienza a ser movida por el gozo de participar de un favor que ya nos fue concedido en el Amado.

Creo que precisamente aquí el **Salmo 24** alcanza uno de sus puntos más elevados. David contemplaba, quizá sin advertir toda su magnitud, al único Hombre sobre quien

reposaría para siempre la bendición del Padre y cuya justicia abriría el camino para la salvación de muchos.

Nosotros, desde este lado de la cruz, tenemos el privilegio de contemplar el cumplimiento de aquella promesa. El Hombre perfecto ya vino. El Padre ya lo recibió en gloria. Y en Él, todos los que creen han sido hechos participantes de una bendición y de una justicia que jamás podrían haber alcanzado por sí mismos.

Ese es, quizá, uno de los resplandores más hermosos del evangelio del Reino: el Padre encontró en Cristo todo cuanto buscaba en el hombre y, por pura gracia, decidió compartir con nosotros todo cuanto encontró en su Hijo.

Por último, el Salmo cierra con una escena que, durante siglos, despertó la admiración del pueblo de Israel. Después de preguntar quién podría subir al monte de Jehová y de describir al Hombre digno de permanecer en su lugar santo, el tono del poema cambia inesperadamente. Ya no encontramos una descripción moral, sino una proclamación llena de solemnidad:

***“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras,
puertas eternas, y entrará el Rey de gloria”.***

Salmo 24:7

A primera vista podría parecer que David introduce un tema completamente nuevo. Sin embargo, cuanto más atentamente leemos el salmo, más evidente resulta que ambas

escenas forman parte de una misma revelación. El Hombre que asciende al monte de Jehová es el mismo Rey de gloria que atraviesa las puertas eternas. No existen dos personajes diferentes. Existe un solo Hombre cuya perfecta obediencia culmina en una gloriosa exaltación. Recordemos que Él dijo ser la puerta (**Juan 10:9**).

El desarrollo del salmo resulta, en este sentido, profundamente conmovedor. Primero contemplamos a un Hombre de manos limpias, corazón puro, alma completamente orientada hacia Dios y verdad perfecta en toda su existencia.

Después vemos a ese mismo Hombre recibir la bendición y la justicia del Dios de salvación. Finalmente, lo contemplamos entrando victorioso en la presencia eterna de Dios como el Rey de gloria. ¿No es exactamente ese el camino recorrido por Cristo?

El Nuevo Testamento presenta la historia del Hijo siguiendo precisamente ese mismo movimiento. Primero contemplamos su perfecta obediencia. Luego asistimos al momento en que lleva sobre sí el pecado del mundo. Finalmente, después de su resurrección, lo vemos ascender a los cielos y sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas.

Quizá por eso Pablo escribe en **Filipenses 2:8 y 9** que Cristo *“se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo*

nombre". Es difícil encontrar un comentario más hermoso del propio **Salmo 24**. La exaltación del Hijo no aparece desconectada de su obediencia; constituye la respuesta del Padre a la perfecta fidelidad del Hombre que jamás dejó de agradarle.

La pregunta que sigue resonando en el salmo resulta igualmente significativa: "*¿Quién es este Rey de gloria?*". La respuesta llega con una fuerza extraordinaria: "*Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla*".

Durante mucho tiempo estas palabras fueron entendidas únicamente como una celebración del poder divino. Sin embargo, a la luz de la obra de Cristo adquieren una profundidad todavía mayor. Porque la gran batalla librada por el Señor no fue una guerra contra ejércitos humanos. La verdadera batalla tuvo lugar en la cruz, donde el pecado, la muerte y las potestades de las tinieblas parecían concentrar toda su fuerza contra el Hijo de Dios.

A los ojos del mundo, aquella cruz representaba la derrota definitiva. Sin embargo, el cielo contemplaba exactamente lo contrario. Allí, donde aparentemente el mal había triunfado, Cristo estaba despojando a los principados y a las potestades, exhibiéndolos públicamente y triunfando sobre ellos. La victoria del Rey no consistió en evitar la cruz, sino en convertir la cruz en el escenario de la victoria más grande que la creación haya conocido jamás.

Por eso la expresión *“poderoso en batalla...”* alcanza en Cristo un significado que David difícilmente pudo imaginar en toda su amplitud. Ningún conquistador de la historia venció enemigos tan profundos como los que enfrentó el Hijo de Dios. Ningún rey derrotó adversarios tan universales como el pecado, la muerte y Satanás. Ningún triunfo produjo consecuencias tan eternas como la victoria alcanzada en el Calvario.

Pero el salmo todavía guarda una sorpresa más. Las puertas eternas no se abren simplemente para recibir a un vencedor individual. Se abren para recibir al Representante de una nueva humanidad. Aquí creo que encontramos una de las verdades más hermosas del Nuevo Pacto.

Cristo nunca actuó únicamente en beneficio propio. Desde el comienzo de su ministerio hasta su ascensión, cada uno de sus actos posee un profundo carácter representativo. Nació como el segundo Adán. Vivió como el Hombre perfecto. Murió llevando sobre sí el pecado de muchos. Resucitó como las primicias de una nueva creación. Ascendió como la Cabeza de un cuerpo que todavía continúa creciendo sobre la tierra.

Esto significa que, cuando el Hijo atravesó las puertas eternas, no lo hizo exclusivamente para ocupar el lugar que siempre le había pertenecido como el Verbo eterno. Ascendió también como el Hombre glorificado que llevaba consigo la naturaleza humana redimida. Por primera vez desde la caída de Adán, un Hombre entraba definitivamente en la presencia

del Padre llevando consigo una humanidad completamente reconciliada.

La carta a los Hebreos desarrolla esta verdad con una belleza incomparable cuando presenta a Cristo como nuestro gran Sumo Sacerdote que penetró los cielos y entró, no en un santuario hecho de manos, sino en el verdadero, para presentarse ahora por nosotros delante de Dios.

Observemos cuidadosamente esa última expresión: ***“por nosotros”***. Aun en la gloria, el Hijo continúa ejerciendo un ministerio representativo. Su presencia delante del Padre constituye la garantía permanente de nuestra aceptación. Quizá aquí encontremos la respuesta definitiva a las preguntas con las que comenzó el salmo. ¿Quién subió al monte de Jehová? Cristo el bendito.

Y precisamente porque la respuesta siempre es la misma Persona, el evangelio del Reino puede anunciar una noticia absolutamente extraordinaria: todos aquellos que permanecen en Cristo participan también de aquello que Él alcanzó.

El apóstol Pablo lo expresa con una audacia que solo puede explicarse por la grandeza del Nuevo Pacto. Afirma que Dios ***“nos resucitó juntamente con Él, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”*** (Efesios 2:6). No dice simplemente que un día iremos al cielo. Declara que, en virtud de nuestra unión con Cristo, ya

participamos de la posición que Él conquistó delante del Padre.

Confieso que pocas verdades han producido en mí un descanso tan profundo como esta. Durante mucho tiempo entendí la vida cristiana como un esfuerzo constante por subir el monte de Dios. Siempre parecía faltar un paso más, una oración más intensa, una mayor consagración, una nueva victoria sobre alguna debilidad. Sin darme cuenta, había convertido el monte en una meta que debía alcanzar mediante mi propio crecimiento espiritual.

El evangelio del Reino invierte completamente esa perspectiva. No comenzamos al pie del monte intentando llegar hasta Cristo, comenzamos en Cristo, porque Él ya ascendió. No luchamos para obtener un lugar delante del Padre, sino que vivimos desde el lugar que el Hijo ya obtuvo para nosotros. No buscamos conquistar una aceptación futura, sino que descansamos en una aceptación presente afinada completamente sobre la justicia del Hombre perfecto.

Esa comprensión no produce pasividad; produce adoración. No debilita la santidad; la fortalece. Porque cuando el creyente deja de vivir impulsado por el temor de no ser suficiente y comienza a descansar en la suficiencia de Cristo, la obediencia deja de ser una pesada obligación para convertirse en la expresión espontánea de un corazón agradecido.

Tal vez ese sea, finalmente, el gran mensaje del **Salmo 24**. David comenzó formulando una pregunta que parecía imposible responder. Pero el Espíritu Santo ya contemplaba al Hombre que un día vendría. El único que subiría al monte del Señor. El único que permanecería eternamente delante del Padre. El único que recibiría toda bendición y toda justicia. El único que abriría para siempre las puertas de la presencia divina.

Y ese Hombre, por la infinita riqueza de su gracia, decidió no subir solo. Subió llevando consigo a todos aquellos que el Padre le había dado. Por eso, cada vez que leemos hoy el **Salmo 24**, ya no escuchamos únicamente una pregunta dirigida al hombre. Escuchamos la proclamación anticipada del triunfo de Jesucristo, el Hombre perfecto, el Rey de gloria y la Cabeza de una nueva creación.

En Él, las antiguas preguntas encuentran finalmente su respuesta, y las imposibles demandas del hombre son transformadas en el glorioso anuncio de una obra perfecta, consumada para siempre en el Hijo amado de Dios.



Capítulo doce

CUANDO CRISTO ABRIÓ LAS ESCRITURAS

Después de recorrer el **Salmo 1**, el **Salmo 15** y el **Salmo 24**, alguien podría formular una pregunta completamente legítima. ¿No estaremos viendo a Cristo donde originalmente el texto solo pretendía hablar del hombre? ¿No existe el riesgo de espiritualizar las Escrituras hasta hacerlas decir aquello que nunca intentaron comunicar?

Creo que esa pregunta merece una respuesta seria, porque el propósito de este libro nunca ha sido construir interpretaciones ingeniosas. Mi deseo no consiste en encontrar símbolos escondidos por el simple placer de descubrir algo novedoso. Si ese fuera mi objetivo, este trabajo carecería de todo valor. La única razón por la cual me he permitido recorrer este camino es porque estoy convencido de que el propio Señor Jesucristo enseñó a sus discípulos a leer así las Escrituras.

La mañana de la resurrección constituye, probablemente, uno de los momentos más extraordinarios de toda la historia bíblica. Dos discípulos caminaban hacia Emaús profundamente desilusionados. Todo cuanto habían

esperado parecía haberse derrumbado en la cruz. Habían visto a Jesús morir y, con Él, también parecían haber muerto sus expectativas acerca del Reino.

Mientras caminaban, el propio Señor resucitado se acercó a ellos. Sin embargo, Lucas nos dice que sus ojos estaban velados y no podían reconocerlo. La escena posee una belleza extraordinaria. Cristo caminaba junto a ellos, escuchaba sus preguntas, respondía sus inquietudes y, aun así, permanecía oculto a su entendimiento.

Entonces ocurrió algo que debería marcar para siempre nuestra manera de leer la Biblia. Jesús comenzó a explicarles las Escrituras. Pero resulta profundamente significativo observar qué fue exactamente lo que les enseñó. Lucas escribió:

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían.”

Lucas 24:27

Detengámonos un momento sobre estas palabras. El evangelista no dice que Jesús les explicó algunos pasajes mesiánicos particularmente conocidos. Tampoco afirma que les mostró únicamente aquellas profecías que anunciaban su nacimiento, su muerte o su resurrección. La expresión utilizada resulta muchísimo más amplia. Les explicó ***“en todas las Escrituras lo que de Él decían”***.

Es difícil exagerar la importancia de esta afirmación. Las Escrituras que aquellos discípulos poseían eran las que hoy conocemos como el Antiguo Testamento. Todavía no existían los evangelios ni las cartas apostólicas. Sin embargo, Jesús afirma que todo ese conjunto de libros hablaba acerca de Él.

No significa que cada versículo sea una profecía directa de Cristo. Sería una conclusión exagerada. Pero sí significa que toda la revelación encuentra en Él su centro, su dirección y su cumplimiento. Cristo no constituye simplemente uno de los temas de la Biblia. Es el eje alrededor del cual toda ella adquiere sentido.

Quizá aquí se encuentre una de las mayores diferencias entre una lectura cristiana y una lectura meramente religiosa de las Escrituras. La religión suele convertir la Biblia en un manual para mejorar al hombre. Busca principios, normas, ejemplos y consejos que permitan construir una vida más correcta. Todo gira alrededor de la transformación del individuo.

Cristo, en cambio, enseñó a leer la Biblia de otra manera. La transformó en el testimonio de una Persona. No negó la importancia de la obediencia ni de la santidad. Lo que hizo fue mostrar que ambas encuentran su origen, su significado y su posibilidad únicamente en Él. La Escritura deja entonces de ser un libro que principalmente habla de nosotros para convertirse en el libro que revela al Hijo de Dios.

Esto explica por qué, al terminar aquella conversación, los discípulos no dijeron: “Ahora comprendemos mejor la Ley”. Tampoco afirmaron: “Finalmente hemos aprendido una nueva técnica de interpretación”. Sus palabras fueron mucho más profundas. ***“¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:32).***

Observemos cuidadosamente el orden. No fue simplemente la explicación la que produjo aquel fuego interior, fue Cristo abriendo las Escrituras. Existe una enorme diferencia entre adquirir información bíblica y contemplar al Hijo revelado en la Palabra.

La primera puede enriquecer la mente; la segunda transforma el corazón. La primera aumenta el conocimiento; la segunda despierta la adoración. La primera puede producir admiración por la Biblia; la segunda produce amor por Cristo.

Confieso que muchas veces me he preguntado qué pasajes habrá utilizado el Señor durante aquella caminata. ¿Habrá comenzado en Génesis mostrando la promesa de la simiente de la mujer? ¿Habrá recorrido el sacrificio de Isaac, el cordero pascual, el tabernáculo, los sacrificios levíticos, los salmos de David y las profecías de Isaías? Nunca lo sabremos con certeza. Pero sí conocemos el resultado.

Aquellos hombres nunca volvieron a leer el Antiguo Testamento de la misma manera, y nosotros tampoco

deberíamos leerlo sin encontrar a Cristo, porque Su encarnación y Su obra no solo cambiaron la historia, sino que también cambiaron la comprensión de toda la Escritura.

Y creo que precisamente eso es lo que estamos intentando hacer a lo largo de este libro. No buscamos introducir un principio extraño a la Biblia. Estamos procurando recuperar la mirada que el propio Cristo enseñó a sus discípulos. Una mirada que descubre al Hijo no únicamente en las profecías que anuncian Su nacimiento o Su muerte, sino también en aquellos retratos del Hombre perfecto que ningún descendiente de Adán pudo cumplir jamás.

Cuando David pregunta quién es el hombre bienaventurado, Cristo responde con su propia vida. Cuando pregunta quién habitará en el monte santo, Cristo vuelve a responder con su propia Persona. Cuando pregunta quién subirá al monte de Jehová, nuevamente encontramos al mismo Hombre.

Y comenzamos a sospechar que el Espíritu Santo llevaba siglos preparando silenciosamente la llegada de Aquel que cumpliría todo cuanto el Padre siempre había buscado en la humanidad. Quizá esa sea una de las razones por las cuales el evangelio produce un descanso tan profundo.

Ya no abrimos las Escrituras buscando desesperadamente descubrir cuánto nos falta para agradar a Dios. Abrimos las Escrituras para contemplar a Aquel en

quien el Padre encontró toda su complacencia. Y cuanto más claramente lo contemplamos, más comprendemos que nuestra esperanza nunca descansó sobre la inestabilidad de nuestra obediencia, sino sobre la perfección inmutable del Hombre perfecto.

Ese descubrimiento no disminuye nuestro deseo de vivir en santidad; lo purifica. Dejamos de obedecer impulsados por el temor de no ser aceptados y comenzamos a obedecer movidos por la alegría de haber sido aceptados en Cristo. La obediencia deja de ser el camino hacia el descanso y se convierte en el fruto de haber entrado, por gracia, en el descanso que el Hijo ya conquistó para nosotros.

Y quizá sea precisamente allí donde comienza la verdadera transformación. Porque nadie cambia contemplándose continuamente a sí mismo. Los creyentes somos transformados, como afirma el apóstol Pablo, ***“de gloria en gloria”***, mientras contemplamos la gloria del Señor. La mirada que antes permanecía obsesionada por la propia insuficiencia comienza a descansar en la suficiencia de Cristo, y es precisamente esa contemplación la que el Espíritu Santo utiliza para conformarnos progresivamente a la imagen del Hombre perfecto.

Si existe un pasaje que debería hacernos reconsiderar profundamente la manera en que nos acercamos al Antiguo Testamento, probablemente sea el diálogo que Jesús sostuvo con los líderes religiosos registrado en el capítulo cinco del evangelio de Juan. Resulta llamativo que esta conversación

no ocurra con personas ignorantes de las Escrituras. Todo lo contrario. Quienes estaban delante del Señor eran hombres que habían dedicado su vida al estudio minucioso de la Ley, de los Profetas y de los Salmos.

Conocían los textos, podían citarlos de memoria y habían construido toda una tradición alrededor de ellos. Sin embargo, Jesús les dirige una de las afirmaciones más sorprendentes de todo su ministerio:

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”

Juan 5:39 y 40

Cuesta imaginar una declaración más contundente. El problema de aquellos hombres no era la falta de conocimiento bíblico. Tampoco era la ausencia de disciplina religiosa. El problema consistía en que habían convertido las Escrituras en un fin en sí mismas. Pensaban que la vida se encontraba en el texto, cuando el texto había sido dado precisamente para conducirlos hacia la Persona que es la Vida.

Esta diferencia puede parecer pequeña, pero transforma por completo la manera de leer la Biblia. Una cosa es acercarse a las Escrituras buscando principios para mejorar la conducta. Otra muy distinta es abrirlas con el deseo de contemplar a Cristo. En el primer caso, el centro

sigue siendo el hombre y su desempeño. En el segundo, toda la atención se desplaza hacia el Hijo de Dios.

Jesús no desprecia las Escrituras; por el contrario, las exalta como testigos absolutamente confiables. Lo que cuestiona es la lectura que se hace de ellas cuando se pierde de vista su propósito.

Es posible estudiar la Biblia durante décadas y, sin embargo, no llegar jamás a Aquel de quien ella habla. Aquellos maestros conocían cada detalle de los textos sagrados, pero no reconocieron al Verbo cuando estuvo delante de ellos. Habían aprendido a amar la revelación escrita, pero no reconocieron a la Revelación hecha carne.

Confieso que esta posibilidad siempre me ha producido un profundo temor. Porque demuestra que el conocimiento bíblico, por sí solo, no garantiza una correcta comprensión de Dios.

Es posible dominar idiomas originales, memorizar extensos pasajes, construir elaborados sistemas teológicos y, aun así, continuar leyendo las Escrituras desde un centro equivocado. El verdadero problema nunca fue la cantidad de información acumulada, sino el punto desde el cual interpretamos toda la revelación.

Tal vez aquí se encuentre una de las causas por las cuales muchos creyentes viven permanentemente bajo condenación. Abren la Biblia buscando descubrir qué les

falta para agradar a Dios. Cada página se convierte en una nueva lista de exigencias. Cada personaje bíblico aparece como un modelo imposible de imitar. Cada mandato incrementa la sensación de insuficiencia. Sin advertirlo, leen las Escrituras exactamente de la misma manera que aquellos hombres a quienes Jesús estaba corrigiendo. Buscan vida en el lugar donde solo puede encontrarse el testimonio de la Vida.

El Señor continúa desarrollando esta idea con una afirmación que posee una fuerza extraordinaria: ***“Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?”*** (Juan 5:46 y 47). Estas palabras abren una perspectiva inmensa.

Jesús no limita el testimonio acerca de su Persona a unas pocas profecías aisladas. Afirma que Moisés escribió acerca de Él. Esto incluye no solamente algunos anuncios específicos, sino toda la estructura de la revelación entregada por medio del gran legislador de Israel.

La creación, el éxodo, la Pascua, el tabernáculo, el sacerdocio, los sacrificios, el maná, la roca, las fiestas, las promesas y aun las demandas de la Ley encuentran finalmente su significado cuando son contempladas a la luz de Cristo.

Creo que aquí debemos detenernos un momento, porque este punto resulta fundamental para el propósito de

este primer tomo. Durante mucho tiempo hemos leído numerosos pasajes del Antiguo Testamento preguntándonos: “¿Qué debo hacer yo para parecerme a este hombre?”. Sin embargo, Jesús parece invitarnos a formular primero otra pregunta: “¿Qué está revelando este pasaje acerca de mí?”. No porque la segunda anule la primera, sino porque la primera solo encuentra una respuesta verdadera cuando ha pasado antes por Cristo.

Eso es exactamente lo que hemos descubierto al recorrer los salmos. Si comenzamos por nosotros, inevitablemente terminaremos enfrentándonos a una medida que jamás alcanzaremos plenamente. Pero si comenzamos por Cristo, descubrimos que el Padre ya encontró en Él todo aquello que buscaba. Entonces, desde esa unión con el Hijo, la obediencia deja de ser una conquista desesperada y comienza a convertirse en el fruto de una vida nueva.

Este principio, en realidad, atraviesa toda la enseñanza apostólica. Pablo jamás presenta la identidad cristiana comenzando por los imperativos. Antes de decir ***“andad como es digno”***, afirma que hemos sido bendecidos en Cristo con toda bendición espiritual. Antes de exhortar a abandonar el viejo hombre, declara que hemos sido unidos a Cristo en su muerte y en su resurrección. Antes de hablar del fruto, establece la raíz. Antes de hablar de la conducta, revela la nueva creación.

No es un detalle menor. Es el orden del evangelio del Reino. La religión comienza diciendo: “Haz esto y vivirás”.

El evangelio anuncia: “Cristo vivió, murió y resucitó; ahora vive en Él y deja que su vida se manifieste en ti...”

Cuando ese orden se invierte, la vida cristiana se transforma en una carga imposible de sostener. Pero cuando permanece intacto, aparece un descanso que libera al creyente de la ansiedad permanente por justificarse delante de Dios.

Tal vez por eso Jesús no dijo que las Escrituras contienen simplemente información acerca de Él. Dijo que ellas dan testimonio de Él. Un testigo no atrae la atención hacia sí mismo; dirige la mirada hacia otro. Esa es precisamente la función de toda la revelación bíblica.

Cada promesa, cada figura, cada sacrificio, cada profecía y, como estamos descubriendo en este libro, cada retrato del Hombre perfecto, señalan silenciosamente hacia Aquel que un día vendría para cumplir en sí mismo todo el propósito eterno del Padre.

Y cuando finalmente lo contemplamos, comprendemos que nunca fuimos llamados a cargar sobre nuestros hombros el peso de convertirnos, por nuestras propias fuerzas, en el hombre perfecto. Fuimos llamados a creer en el Hombre perfecto, a permanecer en Él y a permitir que su vida encuentre expresión en nosotros por la obra continua del Espíritu Santo.

Allí desaparece la desesperación y nace la esperanza. Allí termina el esfuerzo por producir una justicia propia y comienza el descanso de quien ha sido revestido de la justicia de Cristo. Allí, finalmente, las Escrituras dejan de ser únicamente un libro de demandas y se convierten en el glorioso testimonio del Hijo amado, en quien el Padre encontró para siempre todo aquello que buscaba en la humanidad.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

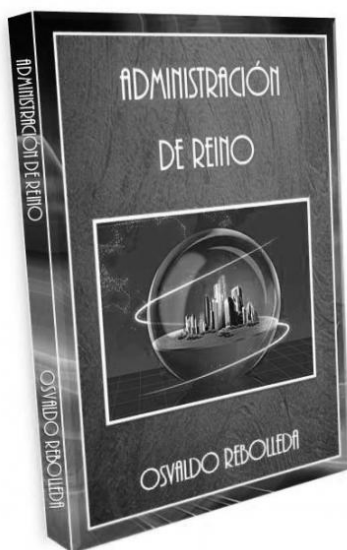
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

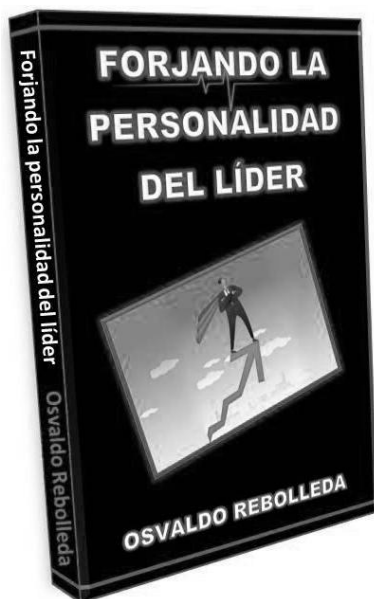
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

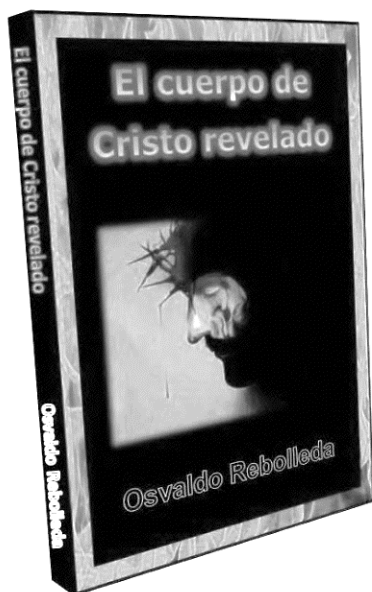
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

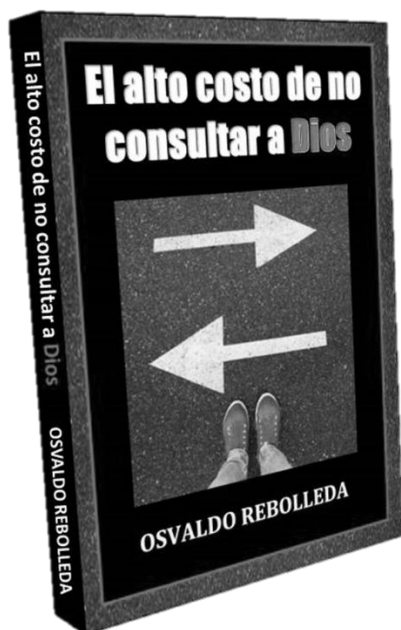


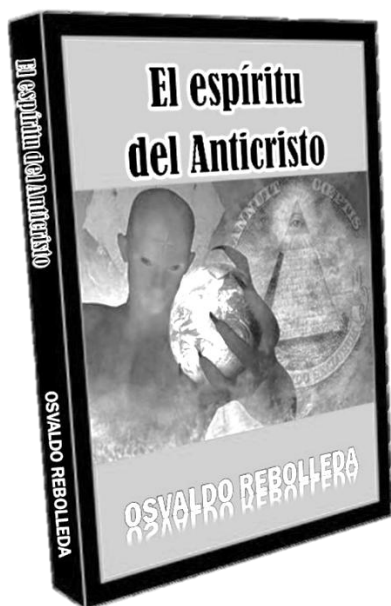
www.osvaldorebolleda.com



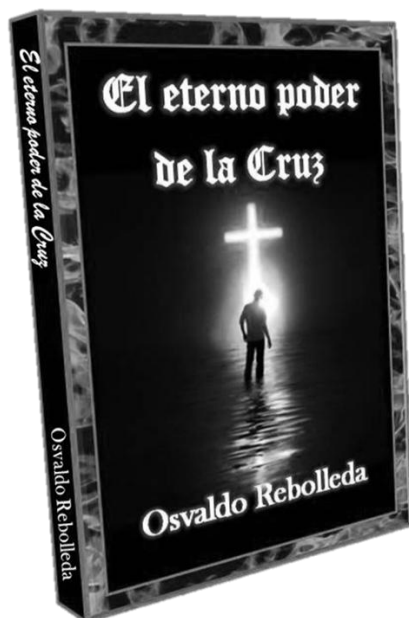
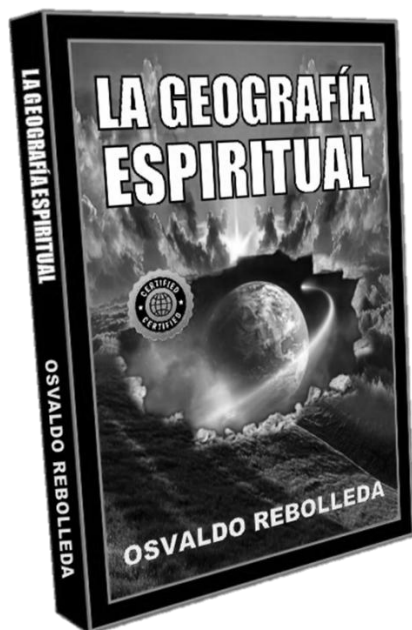


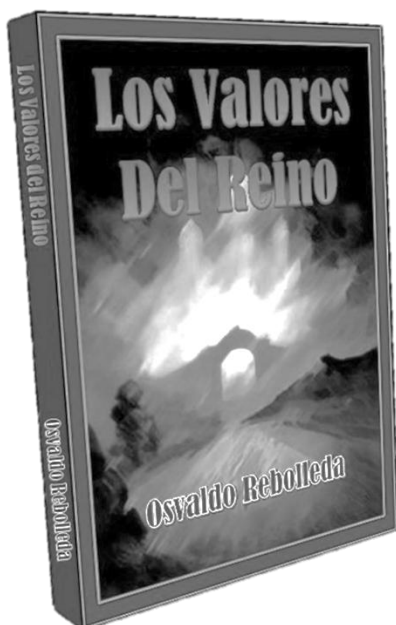
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

